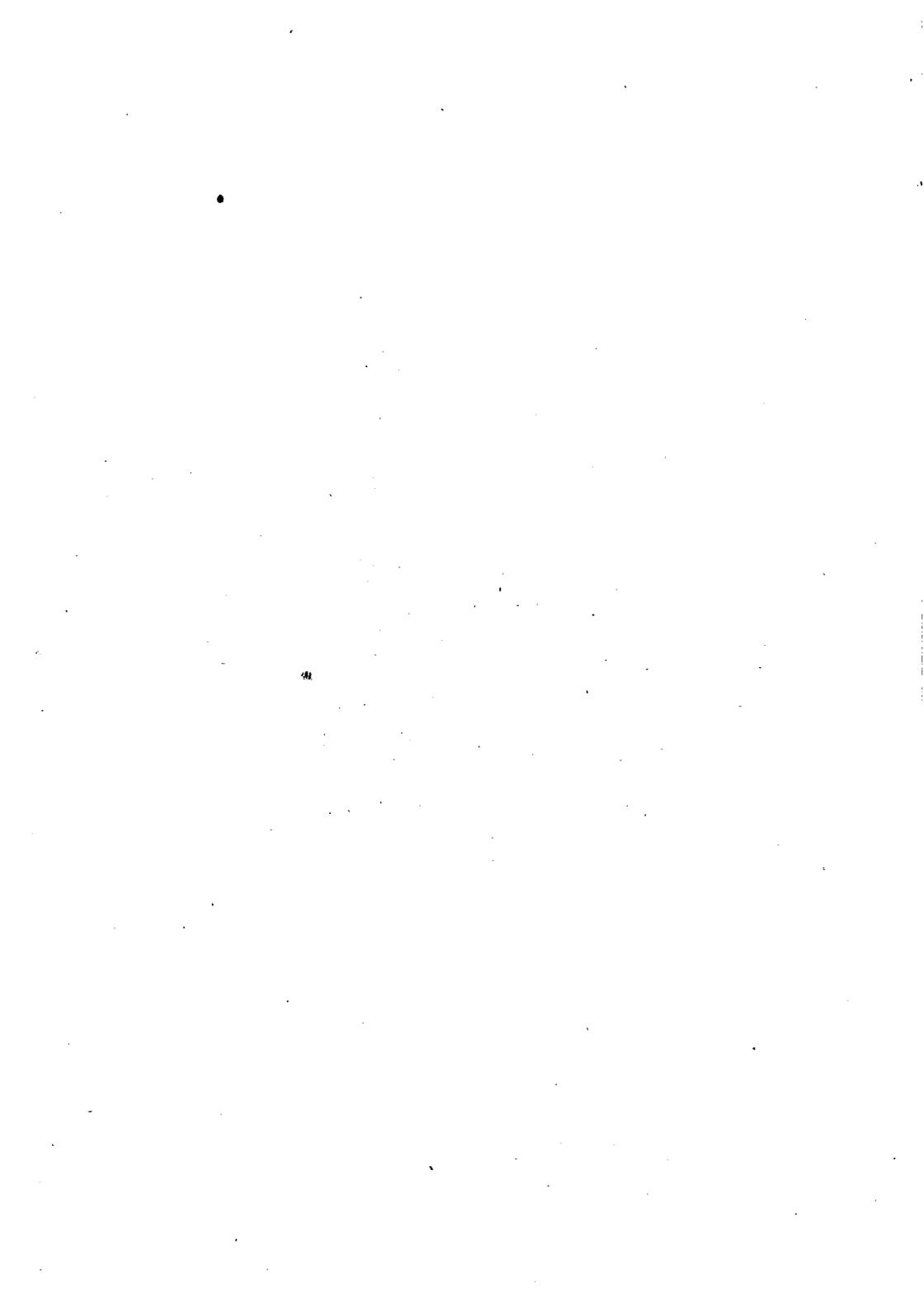


STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS



ALEJANDRO DE HUMBOLDT EN TENERIFE

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

MONOGRAFÍAS

SECCIÓN I: CIENCIAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

VOLUMEN XV (6.º DE LA SEC. I)

PUBLICACIÓN ENCOMENDADA AL INSTITUTO POR EL
EXCMO. CABILDO INSULAR DE TENERIFE

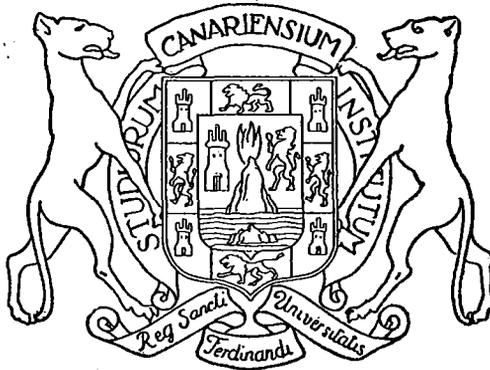
916.491

89. 3326

929 Humboldt, Alejandro de.

ALEJANDRO CIORANESCU

ALEJANDRO DE
HUMBOLDT
EN TENERIFE



R.3363

LA LAGUNA DE TENERIFE

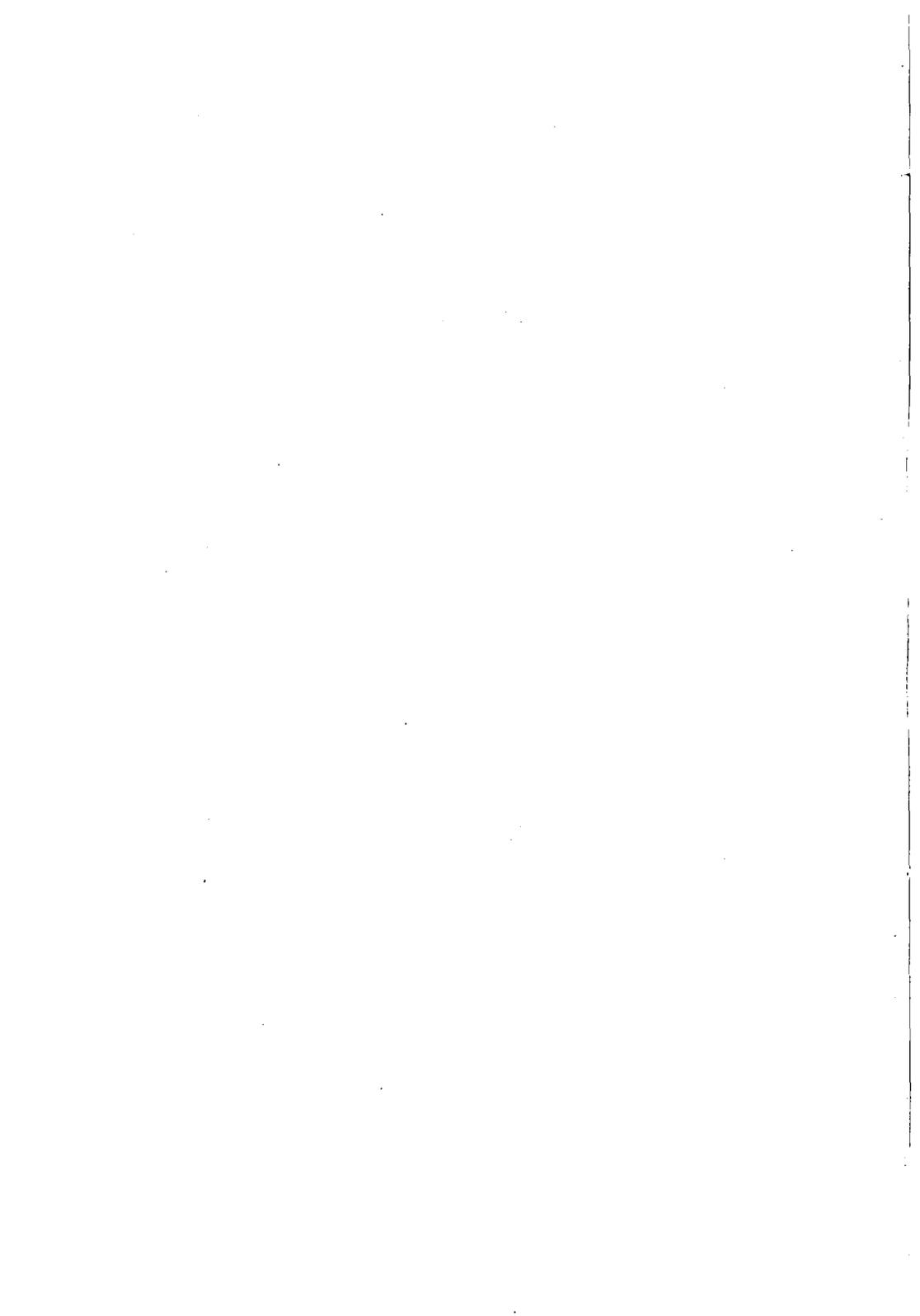
1960

Copyright by
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1960

Goya Artes Gráficas :: Doctor Allart, 26-32 :: (Depósito Legal TF. 88-1960)



Alejandro de Humboldt
Autorretrato



GOETHE conoció a los hermanos Humboldt cuando éstos eran apenas unos niños, ya que visitó su casa de Tegel en 1778. Las relaciones entre ellos se hicieron más estrechas a partir de la primavera de 1795, en que los dos hermanos vinieron a residir en Jena. La afinidad espiritual, la comunidad de intereses y de aficiones, —ya que por aquel entonces Goethe dedicaba especial interés a los estudios científicos—, en fin, la vida social e intelectual tan activa de la corte de Weimar, todo ello contribuyó a establecer rápidamente un clima de confianza y de amistad. La correspondencia de Goethe, abundante con Wilhelm von Humboldt, es más escasa con Alejandro; pero es cierto que lo conoció y trató desde el principio, ya que en el mismo año de 1795, Alejandro von Humboldt publicaba uno de sus primeros trabajos, precisamente en la revista *Die Horen*, que dirigían Goethe y Schiller. No se puede negar, pues, que Goethe lo conocía bien; de modo que el juicio que hacía de él y de su mérito como científico, procedía de persona doblemente autorizada para juzgar, no sólo por su eminente categoría personal, sino también por el exacto conocimiento del objeto de su juicio.

Pues bien, en 1826, o sea casi cincuenta años después

de haber encontrado a Humboldt por primera vez, Goethe decía a su amigo y confidente Eckermann: «Se puede decir que no tiene igual en cuanto a conocimientos y a ciencia vivida. Y una polivalencia, como hasta ahora no he encontrado otra igual. Por doquier se le pregunte, está en su casa y nos abruma con tesoros de sabiduría. Parece una fuente con muchos caños, donde sólo hace falta llevar muchos cántaros».¹

El que Humboldt haya podido seguir sorprendiendo y abrumando con su ciencia y con su sabiduría a un hombre como Goethe, después de más de treinta años de amistad, ya no es poco. Pero el hecho es que el sentimiento de todos cuantos han estudiado su vida y sus actividades, parece ser bastante parecido al juicio que formulaba Goethe. Es difícil estudiar la obra de Humboldt, precisamente porque, para poder hacerlo en buenas condiciones, se necesitaría ser otro Humboldt, abarcar el mismo campo infinito de todas las ciencias de la naturaleza, desde la botánica a la astronomía, desde la mineralogía a la historia de los descubrimientos: y esta raza de científicos ha desaparecido con él. De ahí el que los biógrafos se conformen con enfocar aspectos parciales de esta vida, ejemplo único de actividad polifacética extendida sobre una existencia de noventa años, y que miren la mayor parte de sus quehaceres científicos con un respeto que disimula mal el apuro y la impotencia en que nos hallamos todos, de seguirlo por tantos caminos a la vez.

En efecto, Humboldt es, en el terreno de la ciencia, el

¹ Conversación de Goethe con Eckermann, el 11 de diciembre de 1826: «Man kann sagen, er hat an Kenntnissen und lebendigen Wissen nicht seinesgleichen. Und eine Vielseitigkeit, wie sie mir gleichfalls nicht vorgekommen ist! Wohin man rührt, er ist überall zu Hause, und überschüttet uns mit geistigen Schätzen. Er gleicht einem Brunnen mit vielen Röhren, wo man überall nur Gefässe unterzuhalten braucht».

producto de una síntesis entre dos épocas; y, agotada ya la actualidad de la primera de éstas, no es posible reproducirlo. La ciencia no puede dar más hombres como él: no sólo porque los campos de la investigación se han ido ahondando cada vez más, al punto que ya no es posible saberlo todo; sino también porque, al ahondar como desde hace dos siglos se viene haciendo, los campos se van transformando en fosos, de cuyo fondo sólo se llega a vislumbrar un corto sector del cielo de la verdad. La visión de conjunto de este cielo y de esta verdad empieza a escapársenos; y la idea de la unicidad de la ciencia, si no es una mera utopía desde el punto de vista del científico moderno, por lo menos no tiene vigencia ni aplicación, en su campo de estudio y de investigación. Vista en su conjunto, la ciencia de hoy es como nuestros modernos aparatos de televisión: cada especialidad, cada modalidad científica cubre o barre un sector mínimo del campo de la ciencia. Todo ello forma quizá un conjunto organizado, una enseñanza coherente, algo así como la proyección de la ciencia en el universo: pero esta proyección, de momento, carece de espectadores cuya vista pueda abarcar toda la pantalla.

Lo que nosotros consideramos como una imposibilidad de hecho, Humboldt pensaba poderlo hacer a principios del siglo pasado. Como científico, si se le considera en cada uno de los numerosos sectores a que aplicó sus conocimientos y sus investigaciones, no cabe duda de que era un hombre de hoy. Es posible, como se ha dicho más de una vez, que no haya inventado nada, que en el orden científico su actividad no fuese precisamente la de un creador; es posible, aunque por nuestra parte no lo creamos así; pero lo cierto es que su preparación, su método, el objeto de su curiosidad, incluso diríamos su conciencia científica, son los de un gran científico, precursor desde muchos puntos de vista.

En general, cuando un erudito llega a tocar muchos temas muy diferentes entre sí, e invade campos ajenos a lo que hoy llamamos su especialidad, es preciso que en algunos de ellos actúe como un simple aficionado. Nada más apartado de la verdad, que el considerar siquiera una de las obras científicas de Humboldt, como trabajo de aficionado. Humboldt no lo es, en ninguno de los sectores que llaman su atención. Mineralogista cuando trata de mineralogía, fisiólogo cuando estudia las actividades vitales de las plantas, químico cuando investiga sobre la descomposición del aire, botánico y geógrafo cuando funda la fitogeografía, historiador cuando estudia la historia de los descubrimientos oceánicos, Humboldt es, por más que parezca difícil de creer, un especialista en cada una de las materias que estudia. El solo hecho de llegar a serlo constituye un mérito más que suficiente, al mismo tiempo que una gloria envidiable.

Pero no era éste el verdadero objetivo que se proponía Humboldt, en sus variadas actividades. Para él, las disciplinas científicas no son la Ciencia, sino modalidades de la misma; y lo que él se propone es articular estas *dissecta membra* en un todo que ofrezca la clave del mundo y lo que hoy llamaríamos, si creyéramos en ella, la ciencia universal. Científico moderno por cada uno de sus trabajos, Humboldt es al mismo tiempo un enciclopedista del siglo XVIII por la idea básica de que toda la ciencia puede reunirse y, por decirlo así, habitar en un solo cerebro. Más aun, por encima de sus ideales heredados de las ilusiones científicas del siglo XVIII, Humboldt es un humanista del Renacimiento, por su concepto de la unidad del saber y de su subordinación, no a fines abstractos e indiferentes, sino a una finalidad humana, que igual puede ser una fe, una filosofía, una moral, un goce estético y que, al fin y al cabo, los incluye y los reúne todos.

Éste parece ser el mayor interés de la aventura científica de Humboldt, si llamamos aventura esta sed insatisfecha de un saber que no se busca por mera curiosidad intelectual, sino para mejor reconstituir después la unidad del mundo exterior e interior. Por esto hemos dicho que Humboldt es un producto de síntesis entre dos, o quizá tres épocas diferentes, y de una síntesis que, a la altura en que se ha situado a sí misma la ciencia de nuestros días, ya no será posible lograr otra vez.

Por esto, también, Humboldt es un científico único. Si no tiene pareja, no es sólo, como ya lo había visto Goethe, porque la suma de sus conocimientos rebasaba con mucho la de cada uno de sus contemporáneos considerados separadamente; sino también porque, a pesar del carácter moderno de sus actividades investigadoras, Humboldt es un hombre que pertenece a una época diferente de la nuestra, y que propone a la ciencia ideales en que nosotros hemos dejado de creer. Su visión del Cosmos es la de un gran romántico. Más allá de su aspecto puramente ideológico y científico, lo que en ella interesa aun al lector de hoy, es sobre todo el contacto que facilita con el espíritu polifacético de un gran humanista, el placer intelectual de una lectura que abre todas las puertas de la Naturaleza, sin olvidar, como lo hace constantemente la ciencia de nuestros tiempos, que la puerta mayor de la Naturaleza es la de la belleza y de la contemplación.

Para nosotros, a un siglo de distancia, Humboldt considerado como hombre de ciencia sigue siendo un precursor. Pero el destino de los precursores tiene algo de ingrato y de injusto, en el sentido de que las nuevas generaciones recuerdan su contribución con una gratitud retrospectiva, sin experimentar la necesidad de acercárseles y de entrar en contacto directo con su obra, cuya primitiva novedad es hoy día un

tópico de la ciencia. Pocos son los que leen todavía a Newton o a Kepler, ya que lo mejor y lo más nuevo de su obra ha sido destilado desde hace siglos y se halla incorporado a los manuales más comunes. No pasa así con Humboldt, cuyas obras se hallan publicadas, o por lo menos extractadas, en todas las colecciones alemanas de escritores clásicos.

Como en el caso de Galilei en Italia, el humanista ha salvado del olvido al científico. Sus escritos pueden haber perdido la vigencia científica inmediata, ya que la vida de todos los libros de ciencia pura es excesivamente breve, y que lo que sabían los mayores sabios de hace veinte años, deben saberlo los alumnos de hoy. Quizás fue una suerte el que la ciencia de Humboldt no fuese completamente pura: sus interferencias con la filosofía, con la admiración artística de la naturaleza y del paisaje, sus continuas implicaciones históricas, geográficas, etnográficas, y humanas en general, todo ello ha contribuido poderosamente a mantener vivo y actual el interés de su lectura. Esta ciencia, vivida y pensada para el hombre, no ha dejado aun de interesar a los hombres; y no estamos lejos de pensar que esta ciencia, así concebida, deja de ser ciencia y puede llamarse más simplemente poesía.¹

¹ Ya en 1859, en un artículo escrito con motivo del fallecimiento del gran sabio alemán, MARIO PROTH, *Un grand poète de l' Allemagne. Alexandre de Humboldt*, en «Revue internationale», I (1859), pág. 221-30 y 355-77, veía en él al poeta antes que al hombre de ciencia.

II

NO es posible emprender aquí una verdadera biografía de Humboldt. Los grandes rasgos de la misma se pueden hallar con relativa facilidad en biografías especiales,¹ y, desde el punto de vista del tema preciso que nos proponemos estudiar, no es necesario evocarlos aquí. Sólo conviene llamar la atención, tan brevemente como fuera po-

¹ Para su vida y sus concepciones en general, hemos podido consultar: CARL CHRISTIAN BRUHN, *Alexander von Humboldt, eine wissenschaftliche Biographie*, Leipzig 1873, 3 vol.; HERBERT SCURLA, *Alexander von Humboldt, sein Leben und Werke*, Berlín 1955; FRIEDRICH MUTHMANN, *Alexander von Humboldt und sein Naturbild*, Stuttgart 1955; HELMUT DE TERRA, *The life and times of Alexander von Humboldt*, New York 1955 (*Humboldt, su vida y su época, versión española de Ed. Ugarte*, México 1955).

Sobre su viaje a América, cf. sobre todo: EDUARD LENZ, *Alexander von Humboldts Aufbruch zur Reise nach Süd-Amerika, nach ungedruckten Briefen Alexander von Humboldts am Baron von Forell*, en *Wissenschaftliche Beiträge zum Gedächtnis der hundertjährigen Wiederkehr des Antritts von A. von Humboldts Reise nach Amerika, am 5 Juni 1799*, Berlín 1899, pág. 1-54; R. DE MANJARRÉS, *A. de Humboldt y los españoles*, en «Boletín de Estudios americanos», II (1914), n.º 4 y III (1915), n.º 5 y 6; AMANDO MELON Y RUIZ DE GORDEJUELA, *Alejandro de Humboldt en América española discurso leído en la apertura del curso 1932-1933 en la Universidad de Vallado-*

sible, sobre ciertos detalles de su existencia, antes de su llegada a España, que se pueden relacionar en cierto modo con su aventura americana.

Algunas circunstancias que contribuyen a hacer germinar en su espíritu, casi desde su infancia, el interés por los grandes viajes y por el estudio de los países lejanos, merecerían ser recordadas aquí. Sus biógrafos recalcan con evidente complacencia la circunstancia de haber nacido el futuro explorador de América en el año de 1769, más fértil que cualquier otro en genios de toda clase. Es cierto, en efecto, que Napoleón, su mariscal Ney, el otro mariscal que lo derrotó, Wellington, el sabio Cuvier, creador de la paleontología, los escritores Walter Scott y Chateaubriand, y quizá otros más, que olvidamos, nacieron en la misma fecha; pero no nos permitimos sacar conclusiones de esta casualidad. Tampoco parece posible sacarlas de la circunstancia de llamarse su madre von Colomb, aunque sea posible que, gracias a este apellido, el joven Humboldt haya tenido presente en su imaginación y

lid, Valladolid 1933; RICHARD BITTERLING, *Alexander von Humboldts Amerikareise*, München 1954; AMANDO MELON, *La «serie americana» de A. de Humboldt*, en «Arbor», XLV (1960), p. 65-91.

Sobre su paso por Tenerife, cf. GOTTFRIED VON WALDHEIM, *Una carta de Alejandro von Humboldt durante su estancia en la isla de Tenerife*, en «Revista de Historia», XIII (1947), pág. 137-52, y AMANDO MELON, *Humboldt en el conocer de la España peninsular y canaria*, en «Estudios geográficos», XVIII (1957), 239-60; *El paso de A. Humboldt por Tenerife*, en «La Tarde», 29 de Mayo de 1959.

De la parte del texto del *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, referente a las islas Canarias, hay una traducción española inédita, por Francisco María de León, *Viaje a las islas Canarias en 1799, por el barón de Humboldt, Traducción* (Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, Ms. 10.3.52).

en sus asociaciones de ideas el recuerdo del gran navegante genovés que tenía el mismo apellido.

Quizá será más útil recordar que el primer educador de ambos hermanos Humboldt fue Joachim Heinrich Campe, considerado como uno de los mejores pedagogos de su tiempo, pero autor al mismo tiempo de una obra titulada *El joven Robinson*, en que, como en la novela inglesa cuyo título reproducía, se narraban aventuras raras en medio de una naturaleza tan lejana como benévola. Alejandro von Humboldt era por aquel entonces un niño, y hasta hay biógrafos que dudan de si pudo aprovechar las lecciones de Campe. Pero lo cierto es que aproveché por lo menos su contacto personal, ya que no parece posible que Campe, acompañado ya por la fama de su novela, que fue durante muchas generaciones uno de los libros preferidos de la juventud, no haya sugerido y suscitado en la imaginación del niño, por su lectura, por sus discursos, o quizá incluso por su simple presencia, la idea de aquellos paisajes lejanos en que se desarrollaban las aventuras de su personaje.

Es cierto, por lo demás, que el joven Humboldt sentía ya desde su infancia impulsos y curiosidades de este tipo. El mismo lo confiesa, en sus escritos de más tarde, y hasta indica que «la vista de un drago colosal y de una palmera-abanico, en una vieja torre del Jardín Botánico de Berlín, ha depositado en mí el primer germen de este ardor inquieto que me ha empujado irresistiblemente hacia viajes lejanos».¹ De aquellos viejos grabados, que representaron con tanta elo-

¹ HUMBOLDT, *Cosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, Stuttgart-Tübingen 1845-62, 5 vol. Hemos utilizado la traducción francesa de H. Faye y Ch. Galusky, *Cosmos, essai d'une description physique du monde*, Paris 1846-48, vol. II, pág. 108-9.

cuencia a la imaginación del niño la llamada de los mundos lejanos y mal conocidos, uno era el árbol típicamente canario; de modo que, en su mente, la idea de grandes viajes y de paisajes excepcionales quizá se habrá mezclado, desde el principio e inconscientemente, con el nombre de aquellas islas, que tan importante lugar iban a ocupar en su vida y que fueron la primera fuente de sus imaginaciones exóticas.

Más tarde, durante su breve estancia en Göttingen, por los años de 1789 y 1790, conoció en casa del bibliotecario de la Universidad, Christian Gottlob Heyne, a la hija de éste, Therese Huber, casada después con Georg Forster. Su amistad con los dos esposos no es un episodio indiferente de su biografía. Therese Huber iba a ser, años más tarde, la primera traductora de su relación de viaje a América. En cuanto a Forster, había sido en años anteriores compañero del célebre Cook, en su viaje alrededor del mundo, cuya relación había publicado en inglés, desde 1777. Es natural suponer que el recuerdo de aquella importante expedición, ya famosa entre los estudiosos del mundo entero, habrá constituido un aliciente más en las relaciones amistosas entre Forster y Humboldt.

Este último, además, había empezado ya a viajar por su propia cuenta, y a transformar en realidad este afán de conocer el mundo, que caracteriza toda su vida. La misma organización alemana de la carrera estudiantil, con sus acostumbradas peregrinaciones de una Universidad a otra, era una excelente preparación en este sentido. Así fue como pasó Humboldt por Frankfurt en 1787, por Göttingen en 1789, por Hamburgo en 1790 y por Freiberg, en Sajonia, en 1791.

A esto hay que añadir un viaje que hizo en 1789 por el valle del Rin, y en el año siguiente una verdadera expedición científica, bastante más larga que emprendió en compañía del inseparable Forster, por Bélgica, Holanda, Inglaterra

y Francia.¹ Poco después hizo su viaje a Italia. En Freiberg, donde hizo estudios de mineralogía con el célebre geólogo Abraham Gottlob Werner, conoció a otro alumno de este eminente profesor, el barón Leopold von Buch, con quien trabó una amistad tan fértil como duradera: le debemos no sólo una expedición científica que hicieron entrambos en la región de Salzburg, durante el invierno de 1797, sino que probablemente a su colaboración se debe, más que a todo, la constitución sobre nuevas bases de la geología moderna, y sobre todo de la vulcanología.

De este modo, la juventud de Humboldt se había desarrollado en un medio particularmente apropiado, para favorecer en él la idea de una expedición científica a países lejanos. Pero, al mismo tiempo, este medio le había proporcionado los instrumentos necesarios para perfeccionar su preparación; de modo que seguramente no hubo nunca otro viajero mejor preparado que él, para comprender cualquier aspecto de los problemas con que iba a enfrentarse.

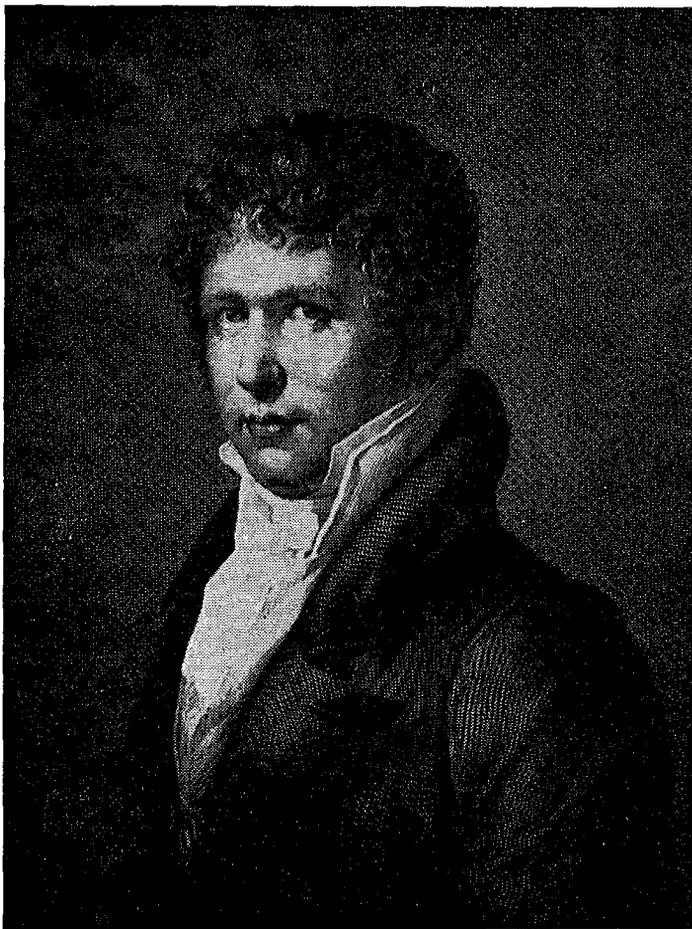
Humboldt había empezado por estudiar con cierta pasión la botánica, dedicándose a la herborización y clasificación de plantas, con tanto tesón, que ya parece que sus compañeros le habían llamado «el pequeño farmacéutico», por pensar sin duda que lo que él buscaba en aquellas plantas era el aprovechamiento de sus propiedades medicinales. Se dedicó después al conocimiento de las ciencias físicas, y estudió a fondo la mineralogía, la meteorología, la química, la anatomía y la fisiología. Los mismos trabajos que llegó a publicar antes de 1799 indican la variedad de su orientación y de sus preocu-

¹ De este viaje hay una relación escrita por el mismo FORSTER, *Ansichten von Niederrhein, von Brabant, Flander, Holland, England und Frankreich, im April, Mai und Junius 1790*, Berlín 1791-94, 8.º, 3 vol.

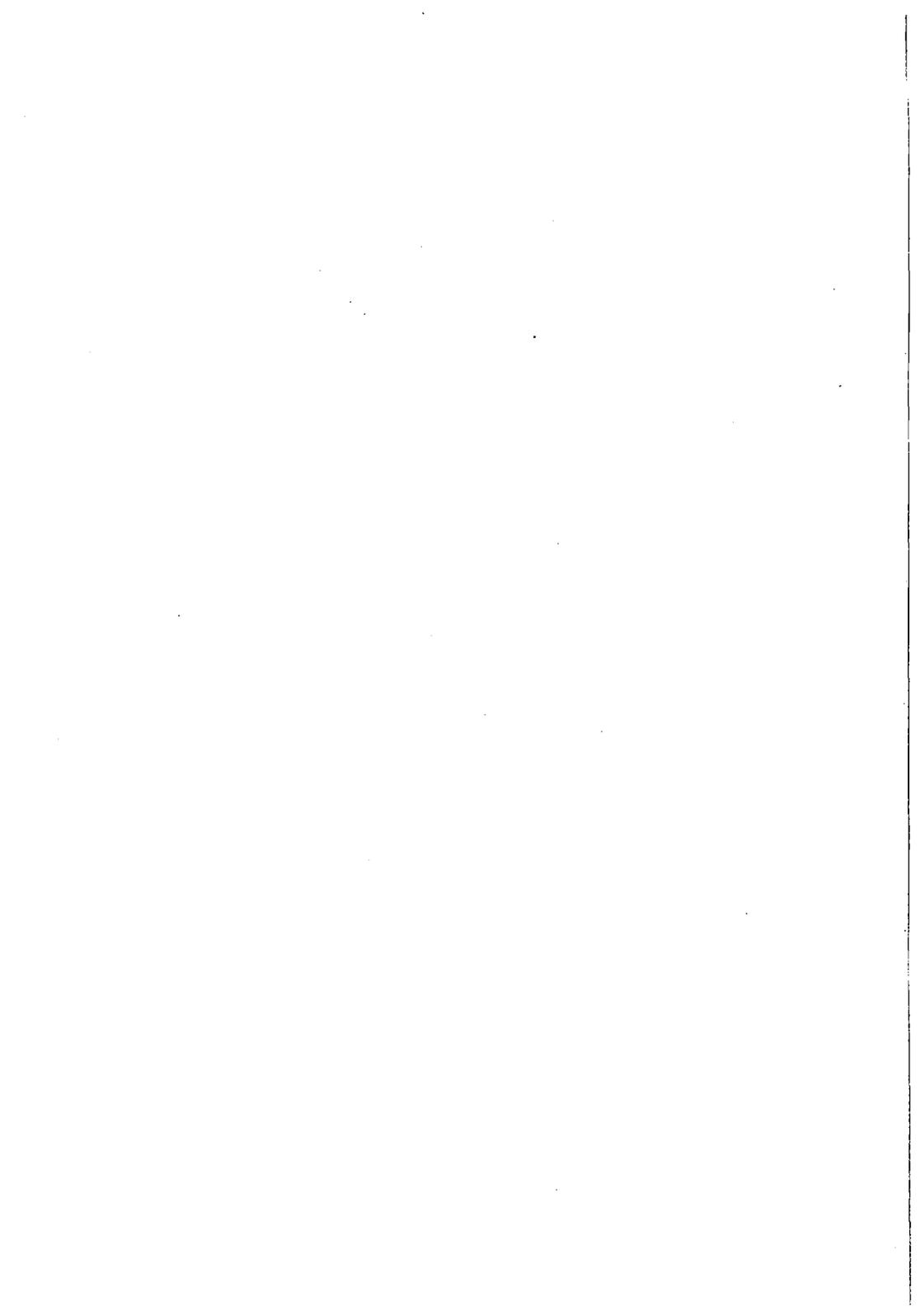
paciones, ya que escribió sobre los basaltos del Rhin en 1790, sobre la flora de la región de Friburgo en 1793, sobre la excitación de las fibras musculares y nerviosas y sobre el proceso químico de la vida en 1797, sobre la fisiología de las plantas en 1798, y sobre la descomposición del aire en 1799. Sólo si se tienen en cuenta esta polivalencia y esta preparación enciclopédica, se comprenderá el verdadero valor de los resultados cosechados por él durante su expedición americana, y que no deben considerarse como observaciones de un aficionado inteligente, sino como el estudio original y escrupuloso de un científico que casualmente puede sustituir a varios especialistas. Hay más, ya que Humboldt poseyó también, además de estas dotes tan raras cuando se hallan reunidas en una sola persona, la de representar por el dibujo lo que observaba; de modo que al mismo tiempo fue el ilustrador o, como diríamos hoy, el fotógrafo de su propia expedición.

En fin, no estará de más indicar, para comprender mejor la organización y el desarrollo de su viaje americano, que, desde antes que estos proyectos empezasen a madurar en su imaginación, Humboldt había tenido la oportunidad de encontrar a algunos españoles fuera de su patria, y de trabar amistades que después le fueron muy útiles en la organización de su viaje y de su trabajo. Se trata de simples casualidades; pero el azar suele hacer bien las cosas. Sin saber aun que algún día habría de pasar meses en España y años en el continente español, Humboldt disponía ya, al llegar a la Península, del capital de simpatía y de confianza sin el cual sus proyectos quizá no hubieran sido aceptados.

Desde sus años berlineses, Humboldt había conocido, en casa de Henriette Hertz, a Raquel Levin, cuya estrecha amistad con Rafael de Urquijo, por aquel entonces secretario de la legación española, son bastante conocidos. Más tarde, du-



Alejandro de Humboldt
Retrato de Steuben, grabado por Forster
Cliché Biblioteca Nacional de París



rante el viaje que vimos que había hecho a Londres en 1790, también conoció a don Mariano Luis de Urquijo, entonces secretario de la Embajada de Londres. La circunstancia de que el mismo don Mariano fuese después ministro de Estado en 1799, cuando Humboldt llegaba a la Corte de España, no debe haber sido indiferente, ni desde el punto de vista del éxito de sus proyectos, ni quizá desde el de la determinación de su nueva ruta.

También en Berlín había trabado amistad con Biester, director de una revista literaria y traductor de un opúsculo del botánico español José Cavanilles. Probablemente por mediación de Biester entró en contacto el joven científico alemán con el español, y por él con los círculos científicos de Madrid, en donde fue acogido calurosamente desde los primeros días de su llegada. Como Cavanilles era también amigo entrañable de don José Viera y Clavijo, es de suponer que por él habrá conocido también a algún canario, de los que frecuentó durante su estancia en la Corte. Por otra parte, en la época de sus estudios en la Escuela de Minas de Frieberg, encontró y trabó amistad con José de Elhuyar, futuro director de Minas de Bogotá, y con su hermano Fausto de Elhuyar, que más tarde sería director del servicio de Minas de México.

En fin, aunque no se trate de un español, conviene añadir que Humboldt había conocido, antes de partir de Alemania, más precisamente desde su estancia en Dresden y sus primeros estudios mineralógicos, al barón de Forell, que se dedicaba por aquel entonces a la misma especialidad. Philippe de Forell (1756-1808) era, como él, un naturalista; pero el azar se mezcló una vez más en la vida de Humboldt, al decidir que Forell sería nombrado, poco después de haberse co-

nocido los dos, embajador del reino de Sajonia en Madrid.¹

Durante su estancia en España, el nuevo embajador no perdió de vista sus primeros estudios, y continuó dedicándoles una parte de sus actividades. Por el año de 1799, al seguir a la Corte que se había trasladado al Escorial, descubrió en aquella región una blenda carbonífera hasta entonces desconocida por los mineralogistas;² y sabemos que en 1805 estaba preparando la publicación de una geografía física de España, que desgraciadamente no llegó a imprimirse.³ Pero la mejor prueba que pudo dar de su afición a la ciencia, durante el desempeño de su misión, fue el apoyo que dispensó a Humboldt, tanto más desinteresadamente, cuanto que éste era prusiano, y la solicitud persistente con que le acompañó en todas las gestiones encaminadas a conseguir la autorización de sus proyectos.

¹ ALEXANDRE DAGUET, *Les barons de Forell, ministres d'Etat à Dresde et à Madrid (1768-1815), d'après des documents inédits et des lettres également inédites d'Alexandre de Humboldt*, Lausanne 1873. En este libro se publican o citan por primera vez las cartas de Humboldt a Forell, que utilizaremos más adelante, y que han sido reproducidas posteriormente por EDUARD LENZ, *Alexander von Humboldts Aufbruch zur Reise nach Süd-Amerika*, Berlín 1899, trabajo antes mencionado; y por E.-T. HAMY *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt (1798-1807)*, Paris 1905.

² «Anales de Historia natural», Madrid, I (1799), pág. 116.

³ HAMY, *Lettres américaines d'Alexandre de Humboldt*, pág. 242.

III

DESPUÉS del fallecimiento de su madre, acaecido en el año de 1795, Humboldt pudo creer que sus proyectos de viajes más largos que los que hasta entonces había realizado, no encontrarían ningún obstáculo. Ya nada lo retenía en Alemania; de modo que, a partir de entonces, no hizo más que pensar y prepararse en vista de una gran expedición científica, que debía de parecerle como el complemento necesario de su formación de naturalista. Soñó primero, en 1797, con agregarse a una expedición inglesa que se proponía remontar el valle del Nilo; pero aquel proyecto no pudo realizarse, por la amenaza de guerra que ya se cernía sobre el Oriente, y que pronto se hizo efectiva, con la invasión de Egipto por Napoleón Bonaparte.

Para estar más cerca de las posibilidades científicas de la capital intelectual de Europa de entonces, Humboldt se había trasladado a París, donde se dedicó, durante el año de 1798, al estudio de la química y de la astronomía. En aquel mismo año se trabajaba intensamente en los planes de una expedición alrededor del mundo, al mando del capitán Baudin, y Humboldt logró incorporársele; labor inútil, ya que los gastos de las guerras, cada vez más crecidos, no permitieron al Directorio poner a disposición de aquella expedición los fondos que le habían sido prometidos.

Entonces Humboldt, decidido a emprender su viaje a toda costa, pensó en alguna otra fórmula que lo llevase a Egipto por cuenta propia, para reunirse allí con el grupo de investigadores que acompañaban la expedición de Napoleón y que habían iniciado ya importantes trabajos de toda clase. El viaje no era fácil, debido a la guerra con Inglaterra. Humboldt pensó hacer la travesía del Mediterráneo de Marsella a Argel, y de allí pasar a Egipto por tierra, aprovechando alguna caravana que se dirigiese a la Meca. Pero también fracasó este proyecto: el navío en que debía embarcar en Marsella, y que venía de algún puerto del Atlántico, naufragó en la costa de Portugal, y el viajero que no podía viajar tuvo que regresar de Marsella a París, a fines de 1798.

Fue por aquel entonces cuando Humboldt conoció en París a Aimé Bonpland, quien iba a ser su fiel amigo y colaborador durante su largo viaje americano. Su primer encuentro fue el más banal que se puede imaginar: los dos jóvenes se encontraron en la portería de la casa de huéspedes en que vivían entrambos, mientras entregaban sus llaves al portero. Como Bonpland llevaba consigo un herbario, llamó la atención del joven alemán, que trabó conversación con él; y de aquella conversación salieron al mismo tiempo su larga amistad y su proyecto de hacer viaje juntos.

Aimé Bonpland había nacido en la ciudad de La Rochelle, el 28 de agosto de 1773. Especializado en medicina, y después en botánica, fue más tarde jardinero principal de la emperatriz Josefina, en su palacio de Malmaison.¹ Sus conoci-

¹ Más tarde, en 1817, pasó a Argentina en donde falleció en la ciudad de Restauración, el 11 de Marzo de 1858. Para su biografía, cf. sobre todo la obra de E.-T. HAMY, *Aimé Bonpland, médecin et naturaliste, explorateur de l'Amérique du Sud. Sa vie, son oeuvre, sa correspondance*, Paris (1906). Se

mientos técnicos, la puntualidad de su trabajo y su pasión de herborizador fueron de una gran utilidad durante el viaje. Bonpland era un científico de valor, que naturalmente llama la atención, retrospectivamente, bastante menos que su ilustre compañero de viaje; pero conviene añadir que éste último reconoció siempre todo cuanto le debía, en orden a la organización y a la conservación de los resultados de su trabajo.

Bonpland se dejó convencer rápidamente, para seguir los planes hechos por su nuevo amigo. Este último no había abandonado, a pesar de tantos contratiempos; su primera intención de emprender viaje a Oriente; y en vista de la dificultad de salir de Francia, por la misma razón de la guerra con Inglaterra, determinaron ambos amigos ir por tierra a España, con el fin de aprovechar desde allí algún medio de transporte que los llevase a Esmirna. Así, «decidido a hacer que mis años juveniles no queden inútiles, y deseoso de abandonar Europa para muchos años», cargó el viajero con todo el conjunto de instrumentos de observación y de medi-

pueden consultar también A. DEMARSAY, *Notice sur la vie et les travaux de M. Aimé Bonpland*, en «Bulletin de la Société Géographique», V (1853), pág. 240-54; MARTIN DE MOUSSY, *Notice sur la vie de M. Bonpland en Amérique* en el mismo «Bulletin», 1860, pág. 414-25; AD. BRUNEL, *Biographie d' Aimé Bonpland, compagnon de voyage et collaborateur de Humboldt*, París 1871; R. BOUVIER y ED. MAYNIAL, *Aimé Bonpland, explorateur de l' Amazonie, botaniste de la Malmaison, planteur en Argentine*, París 1950; RAYMOND WEIBEL, *Un destin hors série. La vie d' Aimé Bonpland*, en «Musées de Genève», septiembre de 1951. Parte de sus papeles se conservan en la Biblioteca del Muséum de París; los demás fueron cedidos en 1905, por sus descendientes, a la Facultad de Medicina de Buenos Aires: cf. H. CORDIER, *Papiers inédits du naturaliste Aimé Bonpland conservés à Buenos Aires*, en «Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, Comptes-rendus des Séances», 1910.

ción que debían acompañarlos, y salió para España, en los últimos días de 1798.

Los dos amigos se dirigieron por Perpiñán a Barcelona, no sin haber visitado primero, de paso, el célebre monasterio de Montserrat, que hizo a Humboldt una honda impresión. Siguieron después la ruta del Levante español, que los llevó por Castellón de la Plana a Valencia. Así tomaron contacto por primera vez con el paisaje español. Huelga decir que lo descubrieron con verdadero encanto, y hasta con entusiasmo, no sólo porque en efecto les pareció hermoso, sino también porque lo visitaban en los primeros meses del año, cuando aun imperaba el invierno en las regiones que acababan de abandonar, y cuyo recuerdo les hacía tanto más agradable el sol mediterráneo.

En marzo de 1799 llegaron los dos viajeros a la Corte, en la que siguieron hasta el mes de mayo siguiente. Encontraron en ella a algunos conocidos, tales como el mencionado barón Forell y don Mariano de Urquijo, ahora ministro de Estado; y por su mediación amistosa, Humboldt tuvo audiencia del rey Carlos IV, en Aranjuez, en marzo, y muy probablemente a mediados de este mes. El día 26 del mismo, escribía desde Madrid a Forell, que se había quedado con la Corte, en Aranjuez: «Mañana vamos a pasar la mañana en el Gabinete del Rey, y cenar en casa de nuestro respetable amigo Clavijo».¹

Las andanzas de los dos naturalistas, durante su estancia en España, son difíciles de seguir. Lo único que se puede deducir de los escritos y de la correspondencia de Humboldt, es que fueron muy bien recibidos en los medios científicos de la Corte, en donde estuvieron en relación con los eruditos

¹ HAMY, *Lettres américaines*, pág. 10.

más destacados que poseía España en aquel momento, tales como Clavijo y Fajardo, Casimiro Ortega, Cavanilles, Herrgen, Proust, y otros más, cuyos nombres dejamos de mencionar. Más importante sería para nosotros llegar a determinar la evolución de sus proyectos, y las razones que le hicieron cambiar tan radicalmente de rumbo y abandonar la idea del viaje a Oriente, para dirigirse en sentido contrario, al Occidente.

Desgraciadamente, la documentación nos falla sobre tan interesante particular. Obligados a conformarnos con meras hipótesis y deducciones, diremos que es fácil comprender por lo menos por qué Humboldt no había pensado desde un principio en visitar las Indias españolas. Estas regiones no eran, desde luego, inaccesibles a los extranjeros; y los autores que recalcan esta circunstancia, se equivocan. Prueba de ello podría ser, no sólo la publicidad que se hizo alrededor de los resultados conseguidos por la célebre expedición de Jorge Juan, sino también viajes como el de Frezier o el de La Condamine. Pero no por ello deja de ser cierto que una exploración científica de América meridional por parte de un extranjero suponía dificultades y obstáculos de toda clase, cuyo carácter no se podía juzgar desde fuera; y parece natural que la idea de un viaje de esta clase a América, emprendido por un simple particular, no podía tomarse en consideración ni ponerse en práctica a distancia.

De todos modos, no sabemos si Humboldt habrá renunciado a su viaje a Oriente, por no haber podido realizarlo, o porque el proyecto americano acabó pareciéndole más interesante; y tampoco podemos decir si esta última idea se le ocurrió espontáneamente, o si le fue sugerida por alguno de sus amigos españoles. Sea como fuese, apenas lanzada esta idea, es cierto que Forell y Urquijo le prestaron todo su apoyo; y parece también que su realización fue posible,

brino del director del Gabinete de Ciencias Naturales de Madrid. Embarcaron en la corbeta *Pizarro*, que llevaba el correo, y cuyo capitán era don Manuel Cagigal; y abandonaron el puerto de La Coruña, rumbo a Canarias, el 5 de junio de 1799. Más allá de la antiquísima Torre de Hércules, recientemente restaurada por orden de Carlos III, y de las aguas inquietas del Finisterre, empezaba la gran aventura americana, cuya primera etapa había de desarrollarse en Tenerife.

IV

DE aquí en adelante, seguiremos los detalles del viaje de ambos exploradores, y más precisamente de su paso por Canarias, a base de las indicaciones contenidas en la correspondencia de Humboldt,¹ en la relación de su viaje publicada años más tarde,² e incidentalmente

¹ Todas las cartas de Humboldt que interesan nuestro estudio se han publicado varias veces, principalmente en las obras antes mencionadas de Duguet, de Lenz y de Hamy. Citamos normalmente por una sola de estas ediciones; pero cada carta se hallará fácilmente, por su fecha, en las demás publicaciones. De las cartas a su hermano, la primera y la más importante, del Puerto de la Cruz, en 20 y 23 de junio de 1799, se publicó por primera vez en la revista de Blester, «Neue Berlinische Monatsschrift», VI (1801), pág. 131-36. Hemos utilizado la edición *Briefe Alexander von Humboldts an seinen Bruder Wilhelm, herausgegeben von der Familie von Humboldt*, Stuttgart 1880, pág. 7-10; hay traducción francesa en la colección de HAMY, *Lettres américaines*, pág. 19-22, y española en el artículo de WALDHEIM, en «Revista de Historia», XIII (1947) pág. 137-52.

² HUMBOLDT *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804*, Paris 1814-24, 3 vol. en folio y 2 átlas. Forma la primera parte de su obra sobre el viaje a América, que consta de 30 vol. en folio y no se encuentra casi nunca completa. Hay traducción española, anónima: *Viage a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Paris 1826, 5 vol. 8.º

en alguna carta de Bonpland.¹ Pasamos rápidamente sobre los trece días que duró la navegación, y en cuyo tiempo Humboldt no dejó de dedicarse a observaciones sobre las corrientes marinas,² sobre los pájaros que seguían a la fragata y sobre la fauna marítima;³ observaciones que sólo fueron posibles porque, como lo dice el mismo naturalista, «el respetable don Rafael Clavijo nos había proporcionado todas las comodidades que se podrían imaginar».⁴

La navegación ofrecía cierto peligro, ya que España se encontraba en guerra con Inglaterra, y era de temer el encuentro con algún navío de esta última nación. Precisamente, las instrucciones recibidas por el capitán del *Pizarro* lo obligaban a tocar primero a la isla de Lanzarote, para enterarse allí si había ocurrido alguna novedad en Tenerife, a cuya isla debía aportar normalmente el correo, y si el puerto de Santa Cruz no estaba acaso bloqueado por navíos enemigos.

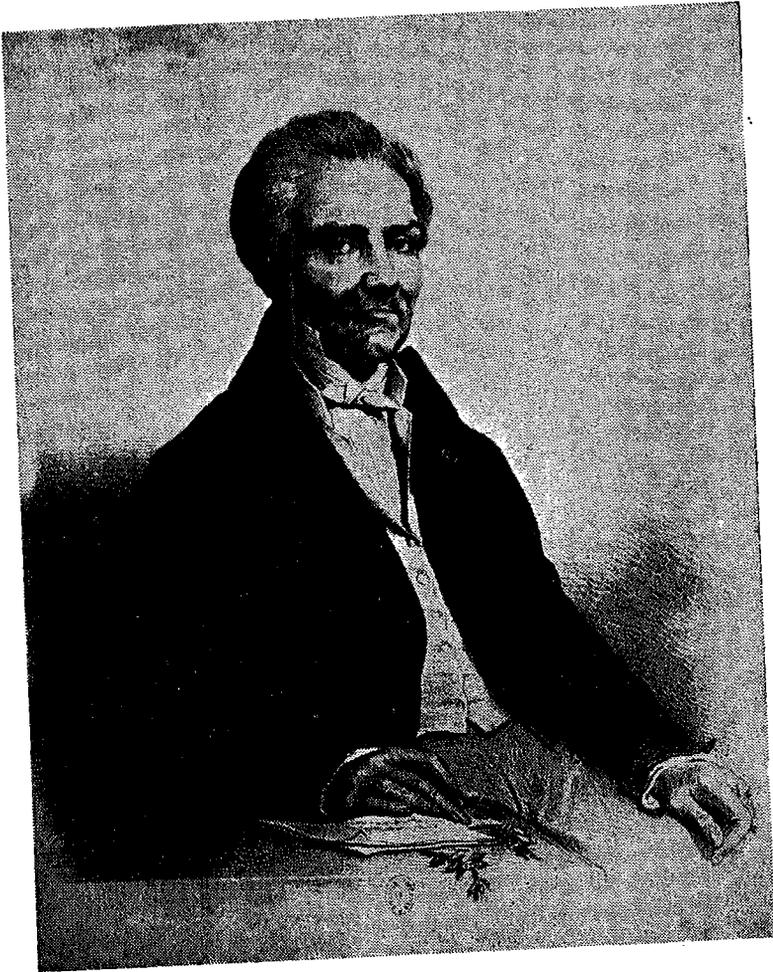
El *Pizarro* iba, pues, rumbo a Lanzarote; y así lo afirma el mismo Humboldt, en una carta dirigida a su hermano: «Hemos salido el 5 de junio, con viento NO muy fresco y con la suerte de no haber encontrado ningún navío. Diez días

¹ Según E.-T. HAMY, *Aimé Bonpland*, pág. XII, «Bonpland a entamé dès Ténériffe, avec de grands détails, une sorte de journal qui s'arrête court au départ des Canaries». No hemos dado con este diario entre los manuscritos de Bonpland que hemos podido ver en la Biblioteca del Muséum de París.

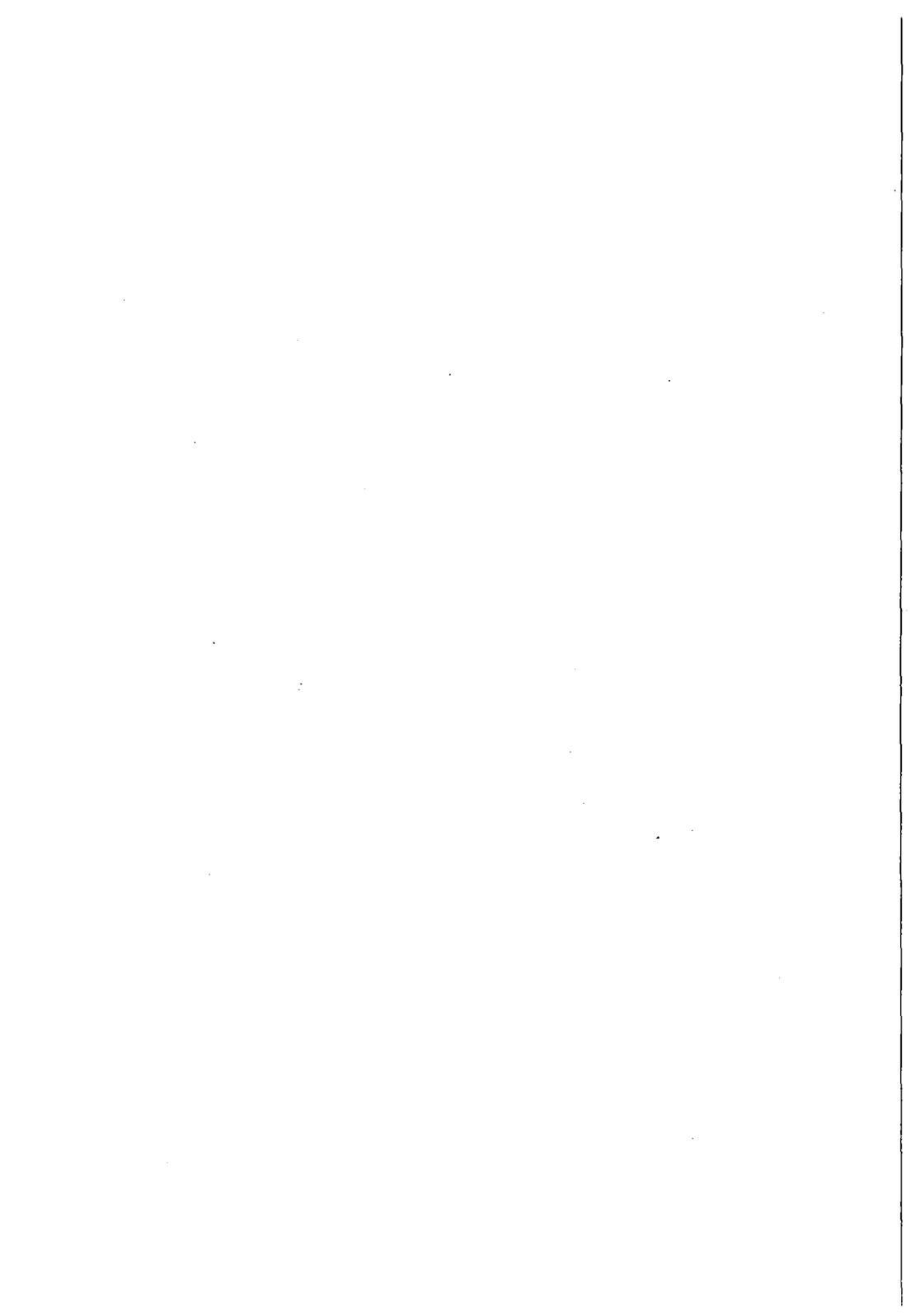
² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 120-54.

³ *Ibidem*, vol. I, pág. 154-64.

⁴ Carta a Forell, del 3 de febrero de 1800, en HUMBOLDT, *Correspondance inédite, scientifique et littéraire, recueillie et publiée par M. de La Roquette*, París 1869, vol. I, pág. 91. El mismo día, estando en Caracas, escribía a don José Clavijo (*Ibidem*, pág. 80-88), para enviarle una colección de minerales de América.



Aimé Bonpland
Retrato por Demersay, grabado por A. Devéria
Cliché Biblioteca Nacional de Paris



más tarde estábamos ya en las costas de Marruecos, y el 17 de junio en Graciosa, donde tomamos tierra».¹

Sin embargo, la ruta seguida por el *Pizarro* no nos parece suficientemente clara. En efecto, la versión más detallada, pero escrita años más tarde, para la relación de su viaje tal como iba a publicarla, dice que la primera tierra que vieron los viajeros fue la de la isla de Fuerteventura, «célebre por el gran número de camellos que alimenta».² De allí pasaron a un punto de donde pudieron ver el islote de Lobos, y siguieron camino en dirección del norte, hasta llegar a la Graciosa, siguiendo sin duda la costa occidental de Lanzarote.

Esta ruta es contraria a lo que se podía esperar, ya que, al llegar de España, las islas pequeñas que se hallan al Norte de Lanzarote, entre ellas la Graciosa, son las que se presentan al viajero; después se pasa a Lanzarote, y sólo si se prosigue el viaje en dirección Sur se llega a Fuerteventura. Si los datos de su relación de viaje son exactos, y si Humboldt no padeció alguna confusión al poner en orden sus apuntes, entonces debió de haberse producido algún error en el cálculo del rumbo de la corbeta.

Esta explicación parece la más probable; tanto más, que el día antes, 16 de junio, escribía el viajero que los marineros no parecían muy seguros de la ruta que debían seguir,³ y

¹ *Briefe A. von Humboldt an seinen Bruder*, pág. 7.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 165. Sigue, en el texto original, una nota sobre los asnos salvajes de la isla, sacada de la *Historia de Canarias* de José Viera y Clavijo.

³ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 163: «Desde el 15 de junio estábamos con inquietud por saber la ruta que debíamos seguir. Hasta entonces los pilotos, que no estaban muy familiarizados con los relojes marinos, mostraban poca confianza en la longitud que yo calculaba con bastante regularidad, dos

que el capitán «cambió el rumbo y se dirigió al Este».¹ Es probable que, al verse precisado de dirigirse a las islas orientales, que no conocía, el capitán del correo se equivocó en sus cálculos y pasó a lo largo de las islas, hasta situarse a la altura de Fuerteventura, por haber pensado equivocadamente que, al ir un poco más al Este, iba a llegar a la costa del continente. Al haber bajado al Sur más de lo que era necesario, le fue forzoso volverse atrás y dirigirse al Norte, para cumplir su misión de tomar tierra en Lanzarote o en Graciosa.

Sea como fuese, lo cierto es que vieron tierra el día 16 de junio: «A dos horas de la tarde vimos tierra, que aparecía como una nubecilla fijada sobre el horizonte. A las 5, como el sol había bajado más, la isla de Lanzarote se dejó ver tan claramente, que pude calcular el ángulo de la altura de una montaña cónica que sobresale majestuosamente por encima de las otras cumbres, y que creimos era el gran volcán que hizo tantos estragos en la noche del 1 de septiembre de 1730».²

Por su parte, naturalmente, Bonpland no estaba menos impaciente de tomar contacto con este mundo nuevo que acababan de entrever. Desde que llegaron a la vista de la costa, y probablemente mientras Humboldt calculaba la altura del volcán, él mismo subió a lo más alto del mastil: «Buscaba con la vista», dice, «armado con unos buenos anteojos, para descubrir los productos de esta tierra, que era nueva para mí,

veces al día, por medio de la transformación del tiempo, tomando los ángulos de las horas por las mañanas y al anochecer. No se atrevieron a dirigirse al SE, por miedo a caer sobre el Cabo de Non, o por lo menos a dejar la isla de Lanzarote al oeste».

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 165.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 165.

y que debía extinguir la sed ardiente que me devoraba, de ver plantas, insectos, pájaros».¹ Pero el viajero tuvo que quedarse con su sed, ya que la noche bajó rápidamente, y no le fue posible ver nada de aquella fauna extravagante con que estaba soñando.

La noche del 16 al 17 de junio, mientras navegaban al Norte, a la vista de las costas de Lanzarote, la impaciencia de la llegada no dejó dormir a los pasajeros. «Pasamos una parte de la noche en la cubierta», dice Humboldt. «La luna iluminaba las cumbres volcánicas de Lanzarote, cuyas pendientes cubiertas de cenizas reflejaban una luz plateada. Antarés brillaba cerca del disco de la luna, que apenas se elevaba en unos cuantos grados por encima del horizonte. La noche era de una serenidad y de una frescura admirables».²

El extranjero no estaba solo en la cubierta: otros viajeros lo rodeaban, contentos de entretenerse con aquel forastero desconocido, y, con aquella familiaridad que se establece inevitablemente entre los pasajeros, durante las travesías demasiado largas, le hacían el elogio de las islas a que se dirigían. «Varios de nuestros compañeros de viaje eran canarios. Como todos los habitantes de las islas, alababan entusiásticamente la belleza de su país. Después de medianoche, nubes gruesas y negras subieron detrás del volcán, cubriendo por momentos la luna y la hermosa constelación del Escorpión. Vimos fuegos que pasaban de un punto a otro, en la ribera: eran sin duda pescadores que se preparaban en vista de su trabajo»;³ y este espectáculo, tan agradable para el navegante

¹ Carta del 16 de julio de 1799, en HAMY, *Aimé Bonpland*, pág. 3.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 166.

³ *Ibidem*, vol. I, pág. 170.

que deja de sentirse solo en medio de las olas, le recuerda la primera luz que vio Cristóbal Colón al llegar a la orilla del Nuevo Mundo, a cuyo descubrimiento se preparaba ahora él mismo.

Entre los viajeros con quienes se estaban entreteniéndose aquella noche, conocemos por lo menos el nombre de uno. «Nuestra sociedad era perfecta», escribe el explorador. «Sobre todo un joven canario, don Francisco Salcedo, quien me demostró el más vivo afecto, sutil de genio y comunicativo, como todos los habitantes de esta isla feliz»,¹ y sobre cuya personalidad volveremos más adelante. Mientras tanto, Bonpland compulsaba febrilmente sus libros de botánica, para evitar cualquier posible sorpresa, al tratar de reconocer, al día siguiente, las plantas que habrían de encontrar.

Pero la mañana de aquella noche que pasaron en vela les trajo una nueva sorpresa. Cuando vino la luz del día, «estábamos muy cerca, pero no veíamos absolutamente nada más que un terreno desigual, de poca extensión, muy elevado, sin ninguna planta verde: sólo veíamos unos cuerpos negros tumbados en el suelo: era el basalto trabajado por el fuego».² Por su parte, Humboldt hacía las mismas observaciones, aunque, para él, el desengaño de la falta de vegetación se compensa con el interés de las rocas volcánicas: «Toda la parte occidental de Lanzarote, que vimos de cerca, presenta los caracteres de una región recientemente devastada por el fuego volcánico. Todo es negro, árido y falto de tierra vegetal».³ Y en la relación de su viaje, escrita con más des-

¹ HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 7-8.

² HAMY, *Aimé Bonpland*, pág. 5-6.

³ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 170.

canso y con la posibilidad de consultar otras obras, añadía también algunas alusiones a la erupción de 1730, sacadas de la obra histórica de Viera y Clavijo.

Como la vulcanología es uno de los temas científicos que más lo apasionaban, es natural el interés que le dedica en esta ocasión, así como las observaciones que hace a continuación: «La cumbre del gran volcán es una colina redondeada, que no es completamente cónica. Por los ángulos de altura que he tomado a diferentes distancias, su elevación absoluta no parece rebasar con mucho las 300 toesas», o sea, unos 595 metros.

Es difícil determinar hasta qué punto se equivocaba en sus apreciaciones, ya que todo depende de la cumbre que estaba estudiando. La de Timanfaya, que está dentro del mar de lava de 1730, mide unos 525 metros; y es probablemente la que mereció la atención del investigador, que añade a continuación: «Uno queda sorprendido de no hallar mayor altura en unas cumbres que, vistas desde el mar, ofrecen un espectáculo tan imponente. Pero no hay nada más inseguro que nuestro juicio sobre la grandeza de los ángulos, cuando están formados por objetos muy cercanos al horizonte».¹

Los vientos obligaron después a los navegantes a pasar por el canal que separa la isla de Alegranza de la de Montaña Clara. Como nadie a bordo conocía aquellos parajes, tuvieron que echar la sonda, para ver si había bastante fondo, y hallaron de 25 a 32 brazas. La plomada sacó del fondo «una sustancia orgánica de una estructura tan singular, que quedamos largo rato sin poder decidir si era un zoofito o una especie de fucus».² Al fin y al cabo decidieron que era un fucus; y el di-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 171.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 173.

bujo que de él hizo el mismo Humboldt (ya que su compañero Bonpland dibujaba muy mal), figura con el nombre de *Fucus vitifolius* en la parte botánica de la relación de su viaje.¹

En su curiosa navegación, el capitán del *Pizarro* debió de padecer más de una equivocación. Había corrido con su corbeta a lo largo de toda la costa occidental de Lanzarote, y llegado a las islas menores; ahora, después de pasado el canal entre Alegranza y Montaña Clara, debió de dirigirse otra vez al Sur. Si comprendemos bien este periplo, que desde luego demuestra el desconocimiento de aquellas costas, el capitán pretendía buscar el puerto de Arrecife, que está situado en la costa oriental de la isla; de modo que, al haber llegado a la costa occidental de la misma, no le quedaba más remedio que darle la vuelta por el Norte. Pero antes de llegar al puerto que suponemos iba buscando, intervino un nuevo incidente que refiere Humboldt con toda clase de detalles, y que demuestra una vez más que la tripulación de la corbeta no conocía las aguas de Lanzarote:

«Por medio de datos sacados de un viejo derrotero portugués, el capitán del *Pizarro* pensó que había llegado a la vista de una pequeña fortaleza situada al Norte de Teguisse, capital de la isla de Lanzarote. Un risco de basalto pareció ser una fortaleza: lo saludamos izando la bandera española, y echamos la barca al agua, para que uno de los oficiales fuese a tomar informes del comandante de aquella presunta fortaleza, de si algún barco inglés cruzaba por aquella región. Nuestra sorpresa fue más que regular, cuando nos dimos cuenta que la tierra que considerábamos como una prolonga-

¹ HUMBOLDT, *Plantas equinoxiales*, vol. II, París 1809, pág. 8 y pl. LXIX.

ción de la isla de Lanzarote era la pequeña isla Graciosa, y que en varias leguas en su alrededor no había ningún lugar habitado.

«Aprovechamos la barca, para reconocer la región que formaba el ámbito de una extensa bahía. Nada puede expresar la emoción experimentada por un naturalista, al tocar por primera vez un suelo que no es de Europa. Tantos objetos llaman su atención, que resulta difícil analizar las impresiones que se reciben. A cada paso cree uno descubrir nuevos productos; y en medio de esta agitación, llega uno a menudo a no reconocer más las que son más comunes en nuestros jardines botánicos o en nuestras colecciones de historia natural.

«A unas cien toesas de la costa vimos a un hombre que pescaba con una caña. Nos fuimos con la barca en su dirección; pero se echó a correr y se ocultó detrás de un risco. Costó mucho trabajo a los marineros el hacerlo volver. La vista de la corbeta, el cañonazo tirado en aquel lugar solitario, pero visitado algunas veces por corsarios moriscos, la barca, todo aquello había atemorizado al pobre pescador. Nos dijo que la pequeña isla de Graciosa, a que acabábamos de aportar, estaba separada de la de Lanzarote por un canal estrecho, llamado el Río. Nos propuso conducirnos hasta el puerto de Las Coloradas, para tomar allí informaciones sobre el bloqueo de Tenerife; pero como él mismo nos aseguraba que desde varias semanas no había visto al mar ninguna embarcación, el capitán decidió continuar su viaje a Santa Cruz».¹

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 177-79. En su carta antes mencionada, Bonpland refiere el mismo episodio, y después añade: «Dudo que el descubrimiento de Cook en los mares del Sur hicieron sobre él tanta impresión como hizo en nosotros todo cuanto hemos experimentado en este pri-

Una vez tomada esta decisión, los viajeros volvieron a embarcar en la corbeta; pero ésta no pudo seguir inmediatamente su viaje, por ser los vientos demasiado flojos.

Humboldt, que había aprovechado la visita a Graciosa, para hacer algunas observaciones sobre la constitución de su suelo,¹ continuaba examinando a distancia todo aquel paisaje: «En aquella soledad, en medio de tantos islotes desiertos, gozamos largo rato del espectáculo de una naturaleza salvaje e imponente. Las montañas negras de Graciosa ofrecían sus paredes cortadas a pico, de una altura de 500 a 600 metros. Su sombra, proyectada sobre la superficie del Océano, daba al paisaje un carácter lúgubre. Riscos basálticos surgían del seno de las olas, como restos de un enorme edificio. Su presencia nos recordaba aquella época lejana en que los volcanes submarinos dieron a luz nuevas islas y desgarraron los continentes. Todo cuanto nos rodeaba de cerca parecía anunciar la destrucción y la esterilidad. Pero al fondo de este cuadro, las costas de Lanzarote ofrecían un aspecto más alegre. En una garganta estrecha, entre dos colinas coronadas por manchones de árboles aislados, se abría la perspectiva de un terreno de cultivo. Los últimos rayos del sol iluminaban los trigales que esperaban la siega. El mismo desierto empie-

mer día. Navegar durante 24 horas a la vista de una tierra en que no se descubre ni un solo ser viviente, que ha sido destrozada por los volcanes; al abordarla, ver a un solo hombre, que huye desde que nos ve; todo esto se parece con el descubrimiento de algún país desconocido, y produce una impresión tanto más fuerte, cuanto que hay poco tiempo desde que dejamos un país civilizado, y que apenas si estamos acostumbrados con el viaje. Pero al examinar de cerca a este hombre, que viste como nuestros campesinos, tiene las mismas facciones y habla en buen español, empecé a perder las ilusiones que me había formado».

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 179-85.

za a vivir, desde que reconocemos en él la presencia de la mano laboriosa del hombre».¹

Para proseguir el viaje a Santa Cruz, el capitán trató de volver a hacer, en dirección contraria, la ruta por el canal entre Alegranza y Montaña Clara. Pero las corrientes arrastraban el navío y lo empujaban hacia el Roque del Oeste. El viajero llama este islote Infierno, con cuyo nombre dice que lo ha encontrado en mapas antiguos, pero que, según parece, aun se sigue empleando en la actualidad.

Como no había viento, no les fue posible alejarse; y entonces decidieron pasar la noche navegando de bolina entre los islotes de Montaña Clara y del Roque del Este. «Esta resolución», escribe el viajero, «por poco nos resultó fatal. Es muy peligroso encontrarse en calma cerca de este Roque, ya que la corriente empuja hacia él con una violencia extraordinaria. A medianoche empezamos a experimentar los efectos de la corriente. La proximidad de aquella masa de piedra que se levanta perpendicularmente por encima del agua, nos quitaba el poco viento que había. La corbeta casi había dejado de obedecer al timón, y temíamos a cada instante que íbamos a dar en tierra. Es difícil concebir cómo un risco basáltico, aislado en medio de la vasta extensión del Océano, puede causar un movimiento de tanta consideración en las aguas».²

En fin, el día 18 por la mañana pudieron volver a emprender el camino, ahora ya conocido, por entre las islas. Pasaron después a lo largo de la isla de Lanzarote; volvieron a ver de lejos la isla de Lobos y la de Fuerteventura; y trataron de ver desde lo más lejos posible el pico de Teide, sobre cuyo

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 185-86.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 188-89.

margen de visibilidad acumula datos nuestro autor.¹ Sólo con el caer de la noche llegaron a la vista de la isla de Gran Canaria, a que parecen haberse acercado lo suficiente, para poder juzgar la configuración de su suelo:

«Canaria no ha sido visitada aun por un mineralogista bien preparado. Sin embargo, esta isla lo merecería, tanto más que la fisonomía de sus montañas, dispuestas en sierras paralelas, me ha parecido totalmente diferente de la que ofrecen las cumbres de Lanzarote y de Tenerife. Nada más interesante para el geólogo, que el observar las relaciones en que se hallan, en un mismo punto del globo, los terrenos volcánicos con los terrenos primitivos y secundarios. El día en que las islas Canarias hayan sido examinadas en todas las partes que componen el sistema de estas montañas, se deberá admitir que se ha considerado con demasiada precipitación que todo el grupo ha salido de las aguas por el efecto de los fuegos submarinos».²

¹ HUMBOLDT, *Voyage* vol. I, pág. 191-205.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 206-7.

V

EL día 19 de junio de 1799 por la mañana llegaron los viajeros del *Pizarro* a la vista de la isla de Tenerife. Ya pueden contemplar las rocas desnudas y el acantilado de Anaga; pero el Teide se les oculta detrás de una cortina de niebla. Era ésta «tan espesa, que apenas se podían distinguir los objetos a unos cuantos cables de distancia; pero al momento de empezar a saludar la plaza, la niebla se quitó de repente. El Pico de Teide apareció entonces en un claro por encima de las nubes. Los primeros resplandores del sol, que aun no se había levantado para nosotros, iluminaban la cumbre del volcán. Pasamos a la proa de la corbeta, para gozar de este espectáculo maravilloso; pero al mismo instante nos señalaron la presencia de cuatro navíos ingleses, que estaban a la capa muy cerca de la popa. Les habíamos pasado por delante, sin que nos vieses: y la misma neblina que nos había ocultado el Pico, nos había sustraído al peligro de tener que regresar a Europa».¹

Al llegar a Santa Cruz supieron los viajeros que el peligro que habían corrido era muy de veras. El día precedente, los

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 207-8. En la carta a su hermano hablaba de seis navíos ingleses.

mismos ingleses habían perseguido al navío *Alcudia*, que había salido de La Coruña unos días antes que el *Pizarro*. Amenazado de ser apresado, el navío había buscado refugio en el puerto de Las Palmas; y algunos de sus viajeros que, por tener más prisa, habían tratado de acercarse a Santa Cruz en una lancha, habían sido hechos prisioneros. Para evitar mayores percances, el gobernador, que lo era don José Perlasca, dio orden de sacar en seguida el correo y los valores que venían a bordo, para ponerlo a buen recaudo desde el momento en que la corbeta atracó al muelle de Santa Cruz.

En 1799 era esta población un puerto activo, pero pequeño, que debía tener un aspecto poco parecido al de los puertos que hasta entonces había podido ver nuestro viajero. Sin embargo, no tenemos la posibilidad de examinar sus primeras impresiones, ya que la descripción de su llegada sólo consta en su relación de viaje, en donde las impresiones se han modificado y transformado en juicio, retrospectivamente y a la luz de todo lo visto posteriormente. Así y todo, se puede decir que la población le pareció presentar un aspecto alegre y agradable, en contraste con el paisaje que la rodeaba y que era más bien monótono y desnudo:

«En una playa estrecha y arenosa, casas de una blancura resplandeciente, de techo raso y con ventanas sin cristales, estaban pegadas de espaldas a una pared de riscos negros, cortados a pique y sin vegetación. Un hermoso muelle de cantería y el paseo público plantado con álamos, son los únicos objetos que interrumpen la monotonía del paisaje. La vista del Pico, tal como se ofrece por encima de Santa Cruz, es mucho menos pintoresca que la que se goza desde el Puerto de La Orotava. Allí, una campiña risueña y ricamente cultivada contrasta con el aspecto salvaje del volcán. De los grupos de palmeras y de plataneras que cubren la costa hasta la re-

gión de los Arbutus, de los laureles y de los pinos, la roca volcánica se cubre allí con una vegetación vigorosa. Se comprende que incluso gentes que vivían en el hermoso clima de Grecia o de Italia, creyeron reconocer una de las islas Afortunadas en la parte occidental de Tenerife. Por el contrario, la costa oriental, que es la de Santa Cruz, demuestra por todas partes su esterilidad».¹

Después de unas cuantas observaciones sobre el Pico que contemplaba desde lejos, y sobre la longitud exacta del puerto de Santa Cruz, que estuvo calculando,² sigue una escena de costumbres, tal como no recordamos haberla encontrado en otras descripciones de viaje de esta época, y que nos brinda una curiosa estampa de la vida del muelle santacrucero en los últimos años del siglo XVIII:

Al llegar al puerto, dice Humboldt, «el primer objeto que llamó nuestra atención fue una mujer de gran estatura, muy tostada y desaliñada, la que llamaban la Capitana. Varias más la seguían, cuyo traje no era más decente que el suyo. Todas pedían con insistencia la autorización de subir a bordo del *Pizarro*, permiso que naturalmente les fue denegado. En este puerto, tan frecuentado por los europeos, la licencia de las costumbres tiene todas las apariencias del orden. La Capitana es un jefe escogido por sus iguales y ejerce una gran autoridad sobre las demás. Ella cuida que el servicio de los navíos no sufra estorbo y obliga a los marineros a volver a bordo a la hora fijada. A ella se dirigen los oficiales, cuando suponen que alguna persona de la tripulación se oculta para desertar».³

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 209-10.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 210-15.

³ *Ibidem*, vol. I, pág. 215-16.

Repítese el viajero, ya desembarcado, que Santa Cruz es un puerto bonito, cuya población estima en unos 8000 habitantes. Añade que pasan por allí gran número de viajeros, y que todas las descripciones de grandes viajes y de expediciones a países exóticos empiezan desde aquí. Lástima que ello le proporciona una razón, desde luego exacta, pero lamentable para nosotros, de prescindir de una nueva descripción de este puerto, por considerar que el tema había sido tratado ya por un número demasiado grande de viajeros.¹

Desde los primeros contactos le llama la atención la exquisita cortesía de los tinerfeños, que lo recibieron con los brazos abiertos. «Desde Tenerife», dice en carta a su hermano, «hemos podido saber de cuánta hospitalidad se goza en las colonias. Todos nos reciben, con recomendación o sin ella, simplemente para tener noticias de Europa; y el pasaporte real ha hecho milagros».

Ambos forasteros fueron alojados en casa del general Armiaga, segundo comandante general de Canarias, caballero de la orden de Santiago, mariscal de campo, hecho brigadier por la Junta Suprema de Canarias, en 4 de octubre de 1808. Don José Tomás de Armiaga y Navarro, que era natural de Madrid, tenía entonces unos 60 años; falleció de una epidemia en Santa Cruz, el 10 de noviembre de 1810. Su casa del puerto, que no hemos podido identificar, tenía un jardín en cuyo recinto vieron nuestros viajeros, por primera vez, algunas de las plantas más características de las islas.

El mismo día presentó Humboldt sus recomendaciones y el pasaporte real al gobernador militar, que lo era el antes citado don José Perlasca, mariscal de campo y comandante

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I. pág. 218.

general del Archipiélago después del fallecimiento del célebre general Gutiérrez. Es de suponer que, deseoso de no perder el tiempo ya de sí muy limitado de que podía disponer en Tenerife, el naturalista se dio prisa en abreviar en lo posible aquellas visitas de cumplido; y así fue como, por la tarde del mismo día en que acababa de llegar, tuvo tiempo de irse con su amigo Bonpland, a herborizar por las cuestas que dominan el castillo de Paso Alto.¹ En fin, después del breve descanso de la noche, ambos amigos salieron antes del sol, para dirigirse a La Laguna, y de allí al Puerto de la Cruz, desde donde pretendían emprender la ascensión del Pico de Teide.

Esta última empresa era, en efecto, el principal cometido que se habían propuesto los naturalistas, durante su breve estancia en Tenerife. El capitán del *Pizarro* había recibido órdenes a este efecto, probablemente del mismo don Rafael Clavijo, y sabía que debía aguardar a los dos viajeros, en el puerto de Santa Cruz, el tiempo que fuera necesario para permitirles volver de aquella expedición. Sin embargo, el capitán Cagigal, presionado por las circunstancias excepcionales de aquel viaje, les había rogado, antes de dejarlos salir para el Puerto, que no tardaran más de cuatro o cinco días en todo, porque pensaba aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase, para huir al bloqueo de los navíos ingleses.

El viaje de Santa Cruz al Puerto, que consideramos ahora como un agradable paseo, era por aquel entonces una verdadera expedición; y su descripción no ocupa menos de 23 páginas en la relación de los viajes equinocciales de Humboldt. Es verdad que la curiosidad siempre alerta del viajero halla pretexto en las menores circunstancias o incidencias del ca-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 219.

mino, para introducir observaciones tan curiosas como variadas, sobre los camellos que no se multiplican en Tenerife,¹ error curioso que procede sin duda de una falsa relación hecha por algún acompañante, sobre el suelo y el clima de La Laguna,² sobre la variación del clima en relación con la altitud.³

El paisaje tinerfeño es para él una verdadera revelación; y las líneas que le dedica rebosan de entusiasmo y son de las más expresivas de toda su obra. La isla de Tenerife «goza de las bellezas que la naturaleza ha derrochado en las regiones equinocciales. La vegetación empieza ya a desarrollar en ella algunas de sus formas más hermosas y más majestuosas, las de las plataneras y de las palmeras. El hombre sensible a las bellezas de la naturaleza halla en esta isla deliciosos remedios aun más eficaces que el mismo clima. Ningún otro sitio me parece más apropiado para suprimir la melancolía y devolver la paz a un alma que sufre, que el de Tenerife y de Madera».

Este amor romántico al paisaje exótico, que hermana a Humboldt con Bernardin de Saint-Pierre, y más aun con Chateaubriand, esta pasión que le inspira la naturaleza, —una naturaleza considerada como fuente y cuna de nuestros dolores, como el mejor amigo, el mejor recurso y la única protección del hombre—, halla en el ambiente tinerfeño el marco que hasta entonces le había faltado. Y no será sin interés añadir que a esta belleza que podríamos decir innata o espontánea de la naturaleza insular, el gran naturalista, que no olvida ni un instante que es al mismo tiempo un humanista, halla

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 221-23.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 223-26 y 229-34.

³ *Ibidem*, vol. I, pág. 228-29.

un aliciente más, por cierto insospechado, pero que indica por lo menos la enorme multiplicidad de sus curiosidades e inquietudes, la gama extensa de su sensibilidad: «Estas ventajas no se deben tan sólo a la belleza del lugar o a la pureza del aire; se explican sobre todo por la ausencia de la esclavitud, cuyo aspecto es tan repelente en las Indias».¹

Algunas de estas páginas tinerfeñas son de las más conocidas de Humboldt, por lo menos entre nosotros. Así y todo, conviene reproducirlas una vez más, ya que tienen un doble interés, el de constituir la clave de la sensibilidad de Humboldt para el paisaje y la piedra de toque de su sentimiento estético de la naturaleza, al mismo tiempo que el mejor timbre en el blasón del paisaje insular, tantas veces decantado y ponderado por muchas generaciones de viajeros:

«A partir del valle de Tacoronte, se entra en aquel país delicioso, de que han hablado con entusiasmo los viajeros de todas las naciones. He encontrado, en la zona tórrida, sitios en que la naturaleza es más majestuosa, más rica en el desarrollo de las formas orgánicas; pero, después de haber recorrido las riberas del Orinoco, las cordilleras del Perú y los hermosos valles de México, confieso no haber visto en ninguna parte un cuadro más variado, más atractivo, más armonioso por la distribución de las masas de verdura y de rocas.

«La orilla del mar se adorna con datileras y cocoteros. Más arriba, grupos de plataneras contrastan con los dragos, cuyo tronco ha sido comparado con razón con el cuerpo de una serpiente. Las colinas están cubiertas con viñas, que extienden sus parras sobre espaldares muy elevados. Naranjeros

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 229.

en flor, arrayanes y cipreses rodean las ermitas levantadas por la devoción en las alturas aisladas. Por todas partes, las fincas están separadas por setos vivos, hechos con agaves y con tuneras. Una cantidad infinita de plantas criptogamas, sobre todo helechos, tapiza las paredes, bañada por unas fuentecitas de agua muy clara. En invierno, mientras el volcán se cubre con nieve y con hielo, en este rincón gozan de una primavera perpetua. En verano, al anochecer, la brisa del mar esparce un frescor muy agradable. La población de todo este lado de la isla es muy numerosa; y parece serlo aun más, porque las casas y los jardines se hallan separados los unos de los otros, con lo cual aumenta aun la belleza del lugar».

Es evidente que Humboldt examina el paisaje del Valle con los ojos de un artista, más precisamente de un pintor, que considera en primer lugar lo «armonioso» del conjunto, «la distribución de las masas» y el relieve que adquiere cada detalle. Científico, artista y moralista, todos los tres aspectos de su personalidad tan compleja participan en la contemplación de estas bellezas; y prueba de que el moralista y el «hombre sensible», como lo eran todos en aquel final de siglo, no olvida al hombre que vive en medio de tantas bellezas, es la observación que sigue inmediatamente a su descripción: «Desgraciadamente, el bienestar de los habitantes no corresponde ni a los esfuerzos de su trabajo, ni a las ventajas con que la naturaleza ha colmado esta región. En general, los cultivadores no son propietarios: el producto de su trabajo pertenece a la nobleza; y las mismas instituciones feudales que han mantenido durante tanto tiempo toda Europa en la miseria, siguen poniendo trabas a la felicidad del pueblo en las islas Canarias.»¹

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 236-37

El viaje de La Laguna a Tacoronte lo hizo el naturalista, probablemente por Tegueste, ya que menciona esta pequeña población en su itinerario. Pero lo cierto es que también menciona a la de San Juan de la Rambla, «célebre por sus excelentes vinos de Malvasía», y que sin duda no pudo ver, ya que queda más allá de La Orotava y de su puerto. Lo más probable es que su mención se debe al haberse enterado hasta dónde se extendía el valle de La Orotava y al haber citado el nombre de La Rambla como punto extremo, al que desde luego no debió de llegar. Así, pues, de Tegueste a San Juan de la Rambla, dice el naturalista, «la costa está cultivada como un jardín. La compararía con los alrededores de Capua o de Valencia, si la parte occidental de Tenerife no fuese infinitamente más hermosa, a causa de la proximidad del Pico, que ofrece a cada paso puntos de vista diferentes. Esta montaña no interesa solamente por el aspecto de su masa imponente, sino también que ocupa activamente el espíritu, obligándolo a remontar hasta la fuente misteriosa de la actividad volcánica».¹

De paso recuerda el viajero las batallas de La Victoria y de La Matanza, que señalaron la conquista de Tenerife,² y cuyo conocimiento le viene sin duda, una vez más, de la lectura de Viera y Clavijo. De paso también admiraron los viajeros la hermosa perspectiva del valle de La Orotava, que más tarde recordaría Humboldt como uno de los más hermosos espectáculos de la creación; y, bajando hacia el Puerto de la Cruz, se detuvieron en el pago del Durazno, para visitar el Jardín de Aclimatación, en cuya instalación trabajaba acti-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 237-38.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 239.

vamente por aquel entonces el marqués de Villanueva del Prado.

Allí los esperaba también Le Gros, vice-cónsul de Francia en Tenerife, quien había hecho ya la ascensión del Teide, circunstancia que debió de interesar a nuestros viajeros por más de una razón. En efecto, el día antes no habían podido encontrar en Santa Cruz a nadie que hubiera hecho aquella ascensión,¹ para informarles sobre las dificultades de la empresa, y eventualmente para servirles de guía; de donde se infiere que el alpinismo no era por aquel entonces una modalidad deportiva muy de moda en la isla. Por otra parte, Le Gros tenía aficiones, y más que aficiones, conocimientos de ciencias naturales, y había sido miembro de una expedición científica del mismo capitán Baudin, con quien hubiera debido embarcar Humboldt, un año antes. Con aquella expedición había llegado Le Gros a Santa Cruz, donde se habían detenido varias semanas; y la isla le había gustado tanto, que había decidido quedarse en ella.²

Humboldt visitó detenidamente el Jardín Botánico, obra exclusiva del entusiasmo y del empeño del Marqués, que compensaba con enormes sacrificios económicos y con una constancia tan digna de elogio como mal recompensada, la ausencia de preparación botánica y hasta de afición a las ciencias naturales, en que se había visto mezclado sin haberlo querido. Afortunadamente, técnicos como Le Gros y Broussonnet le ayudaron a poner en marcha aquella institución, que mereció los elogios de Humboldt, aunque, para decir toda la verdad, éste no era partidario de jardines organizados,

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 220

² *Ibidem*, vol I, pág. 240.

como en El Durazno, sobre la base de la clasificación de Linneo. De todos modos, el Jardín y su director se hicieron merecedores de todas sus alabanzas;¹ después de lo cual, los viajeros se dirigieron al Puerto, «a una casa inglesa, de un comerciante, John Collogan, donde se alojaron también Cooks, Banks y Lord Macartney».² En realidad esta casa no era de John Cologan, error que nos explicamos difícilmente, ya que en la relación de su viaje el nombre está indicado correctamente, Bernardo Cologan. Al día siguiente, muy de madrugada, salieron los dos amigos, para emprender en fin la subida al Pico.

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 240-43. Más tarde, después de su regreso a Europa, Humboldt señaló la existencia del jardín Botánico de La Orotava a Wildenow, director del de Berlín, quien se puso en relación epistolar con el Marqués de Villanueva del Prado.

² HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 8.

VI

ANTES de acompañarlos por este camino, conviene indicar a qué se debe la importancia que daba Humboldt a esta empresa, que forma, se puede decir, el principal objetivo de su estancia en Tenerife. El mismo autor parece haberlo querido indicar, cuando dice, en una de sus cartas, que «casi todos los naturalistas que, como yo, han pasado a las Indias, no tuvieron tiempo sino para ir al pie de este coloso volcánico y de admirar los jardines deliciosos del Puerto de la Orotava. Por mi parte, tuve la suerte de que la fragata *Pizarro* se detuviese durante seis días».¹

Humboldt parece insinuar con ello que su empresa era una especie de novedad, y que pocos naturalistas se le habían adelantado sobre los ásperos senderos de aquella ascensión. Pero lo cierto es que el viajero no podía ignorar a todos cuantos le habían precedido en este camino: Edens en 1715,² ya

¹ Carta de Humboldt a J.-C. Delametherie, de Cumaná a 18 de Julio de 1799, en HUMBOLDT, *Correspondance inédite scientifique et littéraire, recueillie et publiée par M. de La Roquette*, París 1869, vol. I, pág. 60-95.

² J. EDENS, *An account of a journey from the Port of Orotava in the island of Tenerife to the top of the Pike in that island, in August 1715, With observations thereon*, en «Philosophical Transactions», 1715, pág. 317. Está traducido por VIERA Y CLAVIJO, *Historia de Canarias* I. III, cap. 4.

que lo cita y traduce Viera y Clavijo en su historia, que Humboldt conocía; Feuillée en 1724, por citarlo el mismo Humboldt;¹ Heberden en 1752;² Malouin en fecha que no podemos precisar;³ Borda, acompañado por los oficiales de la Real Armada José Varela y Luis de Argueda en 1776;⁴ Macartney en 1792, aunque, para decir verdad, sus enviados no llegaron a la cumbre, por el frío excesivo con que tropezaron en aquellas alturas, por haber emprendido su viaje en el mes de octubre.⁵

Es poco probable, por consiguiente, que Humboldt haya perseguido la realización de este proyecto, para ver paisajes nunca vistos y para poder hacer observaciones inéditas. Por otra parte, el que haya subido al Teide por simple curiosidad turística parece inverosímil, ya que, con todo su amor a la naturaleza y a los paisajes alpinos, no cabe suponer que el naturalista hubiese atrasado en varios días el viaje del correo ofi-

¹ La obra del P. Feuillée permanece inédita, en un manuscrito de la Biblioteca del Muséum de París (copia en la Biblioteca Nacional de París); pero un resumen de la misma había sido publicado por el abate La Caille, en *Histoire de l'Académie des Sciences*, 1751.

² THOMAS HEBERDEN, *Observations made in going up the Pic of Teneriffe* en «Philosophical Transactions», 1752, pág. 353.

³ MALOUIN, *Nachricht von einer Reise nach dem Pic, auf der Insel Teneriffe*, en «Meyers Sammlung Physikalischer Aufsätze der Gesellschaft Böhmischer Naturforscher», II, pág. 355.

⁴ «Anales de Historia natural», (1800), pág. 288-96; cf. BORDA y PINGRE, *Voyage fait par ordre du Roy en 1771 et 1772, en diverses parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique, pour vérifier l'utilité de plusieurs méthodes et instrumens servant à déterminer la latitude et la longitude*, París 1778, 2 vol. en 4.º

⁵ GEORGE LORD MACARTNEY, *An authentic account of an embassy from the King of Great Britain to the Emperor of China*, Londres 1791, 4 vol. en 4.º.

cial, para satisfacer un placer egoísta e intrascendente. En realidad, lo que se proponía era un objetivo científico de más largo alcance, que no se halla indicado en su obra con suficiente precisión, pero que se desprende claramente de sus preocupaciones a lo largo de esta ascensión, y que se puede considerar como uno de los preliminares indispensable de su gran viaje.

Humboldt iba a América para hacer observaciones en zonas poco conocidas, y raras veces frecuentadas por naturalistas; y para tener la seguridad de que aquellas observaciones y mediciones serían exactas, necesitaba comprobar primero su instrumental y saber hasta qué punto podía fiarse en él. Para proceder a este examen, nada más apropiado que el Pico de Teide, varias veces observado y medido a distancia y desde cerca, tanto por el método del cálculo de las distancias angulares como por el de la presión atmosférica. De este modo, sus propias mediciones iban a tener un punto de comparación en las de los viajeros que le habían precedido, e indicarle si los instrumentos de que disponía se apartaban mucho de los resultados ya conocidos, o si coincidían con ellos.

Y en efecto, vemos que a Lalande, que había sido su profesor de astronomía en París, le comunica que «las observaciones de Borda y de Chabert en Tenerife y en la punta de Tabago ¹ me hacen creer que mi cronómetro es excelente: no he variado, en comparación con estos navegantes, sino en 2

¹ Chabert era autor de una obra *Sur l'usage des horloges marines relativement à la navigation, et surtout à la géographie, où l'on détermine la différence en longitude de quelques points des îles Antilles et des côtes de l'Amérique septentrionale*, publicada en «Mémoires de l'Académie Royale des Sciences» de París, 1783.

hasta 5 segundos». ¹ Y el mismo cronómetro de Louis Berthoud, «este instrumento magnífico», le ayuda para calcular la latitud de Santa Cruz de Tenerife en una hora, 14 minutos y 25 segundos con cinco décimas, mientras que Borda había hallado una hora, 14 minutos y 24 segundos, ² siendo notables la coincidencia y la precisión del cálculo en ambos observadores. En cuanto a la altura del Teide, el resultado obtenido por él era de 1917 toesas, o sean 3734 metros: el acierto de sus cálculos resulta; más que de la comparación con la altura de 3707 metros que le atribuimos actualmente, con las últimas mediciones anteriores, por ejemplo la de La Caille en 1751, que hallaba 4449 metros, o la de Manuel Hernández en 1742, que la ponía en 5190 metros.

En segundo lugar, Humboldt tenía enorme interés, rápidamente confirmado a la larga de su viaje por los países americanos, para el estudio de los volcanes. La vulcanología formaba un capítulo importante, y por decirlo así crucial, de la geología; y ver volcanes debía de ser, para Humboldt, algo así como ver archivos para un historiador. En el cráter del Teide se hallaba el investigador en aquella escuela de la naturaleza que iba buscando; pero en una escuela que ya no tiene secretos y donde el geólogo supone que podrá acercarse lo más posible al origen primero de las cosas.

La geología, tal como la había estudiado Humboldt con su maestro Werner, suponía que los trastornos y las modificaciones sufridas por la corteza terrestre se explicaban suficientemente por la acción del agua; pero una nueva doctrina, el vulcanismo o el plutonismo, tenía cada vez mayor aceptación

¹ Carta de Lalande, desde Caracas a 14 de diciembre de 1799, HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, Paris 1869, vol. I, pág. 77.

² *Ibidem*, pág. 61.

entre los naturalistas, y trataba de explicar el surgimiento de las tierras y los accidentes de su relieve por medio de explosiones y enfriamientos sucesivos del fuego central. En su visita al Teide, Humboldt venía a examinar y verificar sobre el yunque de la misma naturaleza las probabilidades de cada una de las teorías en presencia. Es evidente que hubiera podido hacer las mismas verificaciones en cualquier otro volcán, de los muchos que llegó después a examinar en las Indias. Pero el Teide era el primero que se le presentaba a la vista, y es natural y fácilmente comprensible esta impaciencia del investigador que se encontraba por primera vez, en Tenerife, en el verdadero escenario de su trabajo, y, por decirlo así, en el laboratorio en que se fragua y se aquilata su concepción científica del mundo.

Con esta doble preocupación subió Humboldt al Teide, el día 21 de junio por la mañana. Lo acompañaban, además de su inseparable Bonpland, el vice-cónsul Le Gros, a quien hemos visto que había conocido el día antes, en el Jardín Botánico, Lalande, secretario del cónsul francés en Tenerife, y el jardinero del Botánico, un inglés que antes había trabajado en los jardines reales de Kew.

El día era malo, y las nubes ocultaban el Pico; pero eran esas nubes, corrientes sobre el Valle, y que es preciso atravesar durante la subida, para hallar después las Cañadas bañadas por el sol. En su deseo de ver cosas nuevas, Humboldt hubiera deseado tomar un camino diferente del que otros naturalistas habían cogido antes que él; pero esto no es posible en la subida de La Orotava al Pico, de modo que se queja que no puede decir nada nuevo sobre un camino ya recorrido por Feuillée, por Borda, por La Billardière y por Barrow; de donde resulta con suficiente claridad que bien sabía que muchos naturalistas habían hecho, antes que él, la misma ascen-

sión. Todo ello no impide que haga, como de paso, una serie de observaciones sobre la constitución del suelo y sobre la vegetación, y hasta sobre el aspecto de la villa de La Orotava.

Es verdad que, sobre este último particular, sus apuntes no parecen inspirados por una impresión favorable, sino más bien por una prevención. En La Orotava, dice, «las calles nos han parecido muy desiertas. Las casas, fabricadas con solidez, pero de aspecto triste, pertenecen casi todas a una nobleza a que se le achaca mucha soberbia, y que se designa a sí misma con el nombre fastuoso de "las doce casas"». ¹ Al recordar este juicio, no debe olvidarse, por un lado, que Humboldt había pasado los años de su juventud, bien en el París revolucionario y republicano, o en los centros universitarios de Alemania, en que las ideas nuevas habían penetrado fácil y rápidamente; y, por otra parte, que había pasado los pocos días de su estancia en el Valle, en el Puerto de la Cruz, cuya aristocracia, apoyada principalmente en la riqueza comercial, no tenía siempre los mismos criterios ni las mismas simpatías que la aristocracia tradicional de los terratenientes de La Orotava.

Sea como fuese, lo cierto es que se detuvo un momento en La Orotava, para visitar el célebre jardín de los Franchi, y sobre todo el drago aun más célebre que se podía ver en el mismo y que muy probablemente debía de ser el mismo que en su infancia había visto en un grabado, en la torre del Jardín Botánico de Berlín. Este drago, que era el ejemplar más notable de toda la flora canaria, le merece una amplia descripción en la relación de su viaje. ² como también unas páginas

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 248-49.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 249-55.

rebosantes de interés, en sus *Cuadros de la naturaleza*. Terminada esta visita, emprendieron la subida por el camino que conduce a Las Cañadas.

Este viaje al Teide no era entonces una expedición muy fácil ni muy corriente. Suponemos, aunque Humboldt no lo diga, que los viajeros emplearon caballerías; tanto más que los dos naturalistas llevaban, además de provisiones para dos días, un instrumental que hubiera sido difícil subir de otro modo. Así y todo, tardaron todo aquel día en la subida, hasta llegar al final de la tarde a la Estancia de los Ingleses, donde se pararon y pasaron la noche. Volvieron a emprender el camino cuesta arriba a la mañana siguiente, a las tres de la madrugada, «a la luz lóbrega de unas cuantas antorchas de tea». Visitaron de paso la Cueva del Hielo, y subieron hasta el cráter, de que hay en su relación de viaje una amplia descripción, de más de treinta páginas, con el detalle de todas las observaciones hechas en él.

El día no era muy bueno, y la visibilidad mediana, ya que los viajeros sólo pudieron distinguir sobre el horizonte las tres islas de La Palma, La Gomera y Gran Canaria. Sin embargo, la carta que escribió Humboldt a su hermano, a su regreso al Puerto de la Cruz, rebosa de entusiasmo y de satisfacción: «¡Qué espectáculo! ¡Qué delicia! Hemos bajado al fondo del cráter, quizá más lejos que cualquier otro naturalista. En realidad, fuera de Borda y de Mason,¹ ninguno ha ido más allá del último cono. No hay mucho peligro, pero resulta cansado por el calor y el frío; en el cráter, los vapores de azufre nos agujereaban los trajes, mientras que nuestras

¹ Este viajero, cuyo nombre consta otra vez en una carta de Humboldt como Le Mason, nos es desconocido.

manos se entumecían, por dos grados Réaumur. ¡Dios mío, qué sensación, en esas alturas (14 500 pies)! Encima de nosotros, la bóveda celeste, de un azul oscuro; a nuestros pies, viejas riadas de lava; en nuestro alrededor, aquel escenario de desolación (tres millas cuadradas de piedra pómez), rodeado por bosques de laureles; a lo lejos, abajo, los viñedos entreverados con grupos de plataneras que se extienden hasta el mar; unos pueblos preciosos en la orilla, el mar, y todas las siete islas, entre las cuales La Palma y Gran Canaria poseen volcanes muy elevados, parecían por debajo de nosotros, como en un mapa geográfico».¹

Siguen a continuación, en el texto de la relación de viaje, unas cuantas observaciones referentes a los vapores de azufre. En el interior del cráter afirma haber hallado 70 grados Réaumur. En su alrededor, nota el naturalista, la presencia de «pequeños cráteres como los que iluminaban toda la isla, hace algunos años. Entonces, por dos meses enteros, se oyó como un ruido de explosión subterránea, y piedras

¹ HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 7-9. Una impresión muy parecida en la carta antes mencionada, a Delametherie (*Correspondance inédite*, París 1869, vol. I, pág. 60-65: «La noche, a las dos de la madrugada, nos pusimos en marcha hacia la cumbre, donde, a pesar del viento violento, del calor del suelo que nos quemaba las botas y del frío que picaba, llegamos a las ocho de la mañana. No le diré nada de este espectáculo majestuoso, de las islas volcánicas de Lanzarote, Gran Canaria, La Gomera, que se ven a los pies de este desierto de veinte leguas cuadradas, cubierto con piedras ponce y con lava, sin insectos, sin pájaros, donde sólo vive la *Violeta decumbens*; desierto que nos separa de estos bosques frondosos de laureles y de brezos, de estos viñedos adornados con palmeras, con plataneras y con dragos cuyas raíces bañan en las olas del mar». Durante su visita a Las Cañadas esbozó Humboldt el dibujo del paisaje que después mandó grabar para el álbum de su *Voyage*, y que reproducimos aquí.

grandes como la mano fueron lanzadas a 4000 pies en el aire».¹

Las observaciones mineralógicas que tuvo la oportunidad de hacer encima del cono volcánico le parecieron «muy importantes». Analizando la composición del suelo de la montaña, descubrió que «el pico es una montaña de basalto, en que descansan esquistos de pórfido y de obsidiana», lo cual indica que todo aquel suelo es de procedencia volcánica. Naturalmente, como más adelante diremos, todas estas observaciones tienen gran trascendencia, desde el punto de vista teórico, ya que influyeron poderosamente en las definitivas opiniones científicas del naturalista.

Según parece y resulta de la carta de Humboldt a su hermano, tantas veces mencionada, el último recorrido de la subida, entre la Estancia de los Ingleses y el cráter, se desarrolló en malas condiciones atmosféricas, en medio de una tempestad que se había desencadenado de repente. Al ponerse en marcha, dice, «el cielo estaba cuajado de estrellas y la noche era luminosa; pero para nosotros el buen tiempo habría de terminar pronto. La tempestad empezó a rugir violentamente alrededor de la cumbre; y tuvimos que asirnos fuertemente al borde del cráter. El viento silbaba en los abismos con el fragor de un trueno, y una capa de nubes nos separaba del mundo de los vivos. Mientras bajábamos, estábamos aislados encima de las nubes como un navío en plena mar. Este cambio rápido de un hermoso claro de luna a las tinieblas y a la soledad de las nubes nos causó una honda impresión».²

A pesar de las malas condiciones atmosféricas, los viaje-

¹ HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 7-9.

² *Ibidem*, pág. 7-9.

ros hubiesen preferido permanecer algún día más en la cumbre, para completar sus observaciones, tanto mineralógicas como meteorológicas; pero no les fue posible hacerlo, ya que hubieran dejado pasar el plazo que habían fijado de común acuerdo con el capitán del *Pizarro*, para la salida de Tenerife. Se decidieron, pues, a emprender el viaje de regreso al Puerto de la Cruz: «Abandonamos, con mucho pesar nuestro, este lugar solitario, este sitio en donde la naturaleza se descubre en toda su majestad. Teníamos la ilusión de volver a ver algún día las islas Canarias; pero este proyecto, como tantos más que hacíamos entonces, no ha llegado a realizarse».¹

La bajada se efectuó sin novedad, y llegaron con el fin del día al Puerto, donde los esperaba una carta del capitán, para avisarles que no hacía falta darse prisa, ya que la corbeta no podía salir sino dentro de dos días, o sea, el 24 al anochecer. De este modo, les quedaban a los dos viajeros un par de días más, que emplearon en visitar los lugares más cercanos y en frecuentar la sociedad de La Orotava, en que les introdujo sin duda su huésped, don Bernardo Cólogán. Ello tuvo por lo menos la ventaja de hacer que Humboldt corrigiese su primera impresión sobre La Orotava y sus habitantes: «Pasamos el día siguiente visitando los alrededores de La Orotava y disfrutando la agradable compañía del señor Cólogán. Sentimos entonces que la estancia en Tenerife no es interesante solamente para los que se dedican al estudio de la naturaleza. En La Orotava puede uno encontrar personas que cultivan las letras y la música, y que han trasplantado a este clima lejano los deleites de la sociedad europea. Desde este punto

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 312-13.

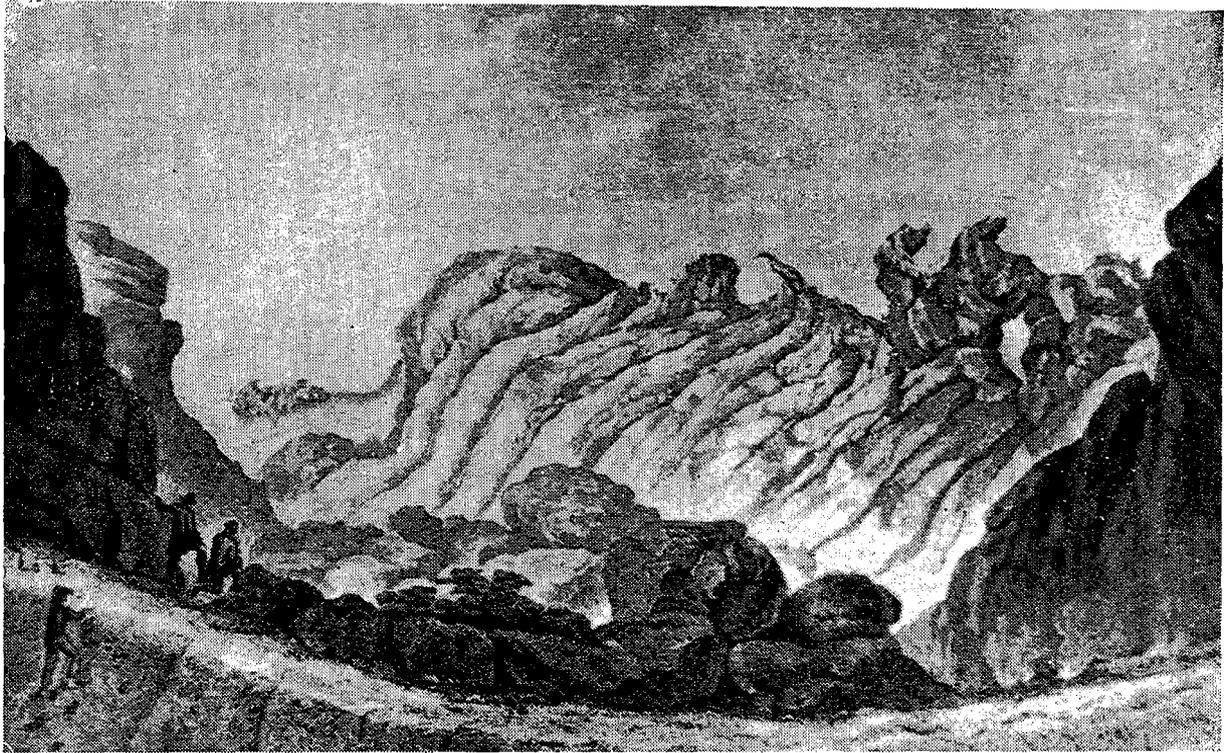
de vista, las islas Canarias no se parecen con ninguna de las colonias españolas, excepto La Habana».¹

Por la noche, que era la de San Juan, fue invitado a una fiesta de campo en los jardines de Little, comerciante inglés del Puerto, para disfrutar desde allí del espectáculo de los fuegos que se encendían en todas partes en las montañas. La descripción de los jardines de Little, de la fiesta, del paisaje que se descubría a los ojos embelesados del viajero, son una prueba más del interés con que éste seguía descubriendo un mundo diferente del suyo:

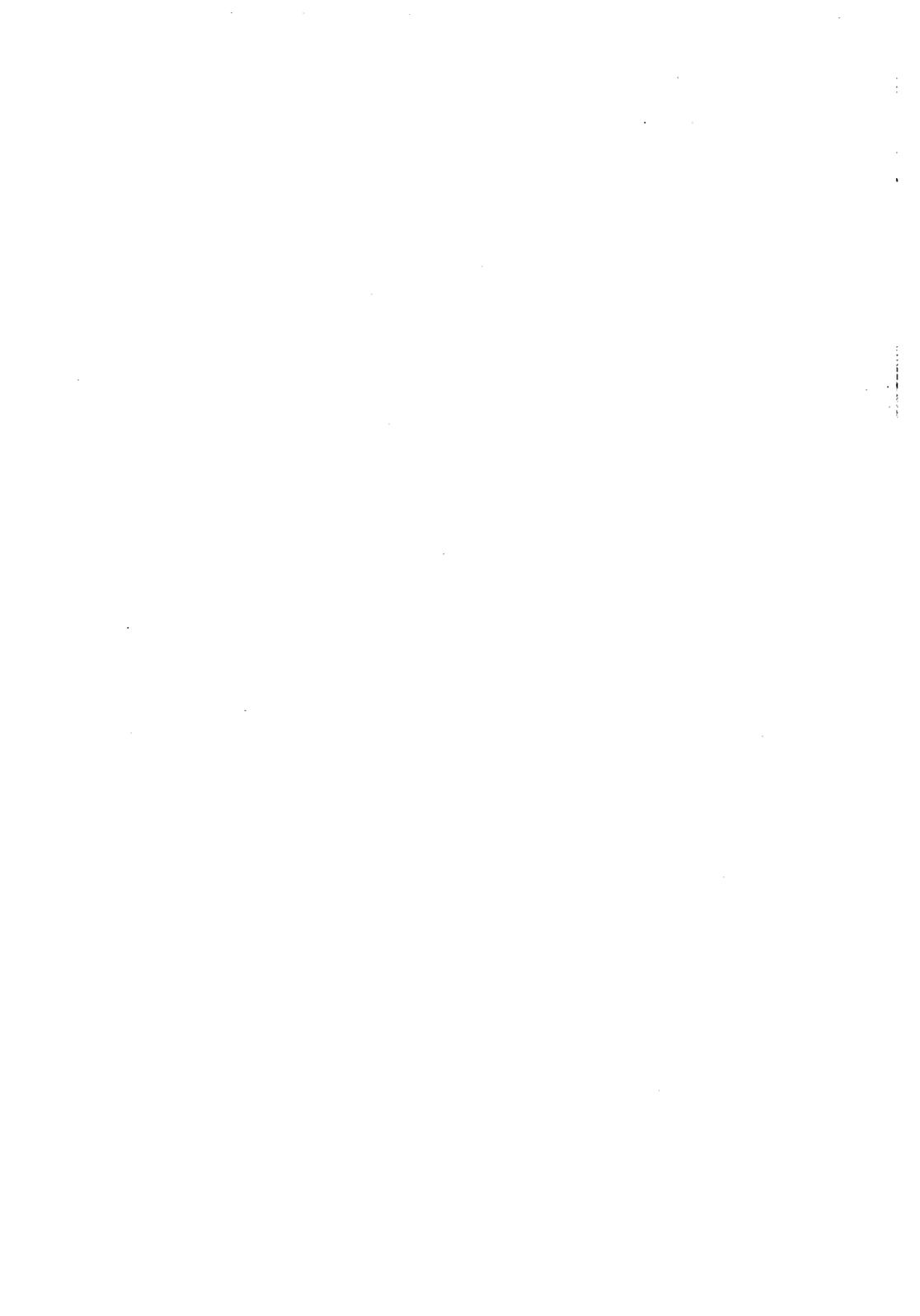
«Este comerciante», dice, «que ha hecho grandes servicios a los canarios durante la última carestía, ha cultivado una colina cubierta con restos volcánicos. En aquel lugar delicioso ha plantado un jardín inglés; desde donde se goza de una vista magnífica sobre el cono del Ríco, sobre los pueblos costeros y la isla de La Palma que se perfila sobre la vasta superficie del Océano. No puedo comparar esta perspectiva más que con la de los golfos de Génova y de Nápoles; pero La Orotava los gana en grandeza de las masas y en abundancia de la vegetación. Al anoecer, la cuesta del volcán me ofreció de repente un espectáculo extraordinario. Los pastores, obedeciendo sin duda a una costumbre introducida por los españoles, aunque la encontremos desde la más remota antigüedad, habían encendido los fuegos de San Juan. Estas manchas de luz disseminadas, esas columnas de humo contrastaban con el verde oscuro de los bosques que cubren las pendientes de la montaña. Se oían desde lejos gritos de alegría, que venían solos a interrumpir el silencio de la naturaleza en aquellos lugares apartados».²

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 317.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 317-18.



Vista del interior del cráter del Teide
Boceto de Humboldt, dibujado por W. F. Gmelin y grabado por Pietro Parboni



Probablemente al día siguiente fueron los dos viajeros a visitar la villa La Paz, que tenían los Cólogán en la orilla del mar: allí había vivido Borda, durante su estancia en Tenerife, y desde allí había medido la altura del Teide. En fin, el día 24 de junio por la mañana volvieron entrambos a Santa Cruz. De camino, se detuvieron en La Laguna, donde fueron a almorzar en casa del cónsul de Francia, Broussonnet, que casualmente era también un naturalista. Este último se ofreció para hacer llegar a Madrid las colecciones hechas por los dos amigos en Tenerife, con destino al Gabinete de Ciencias Naturales, así como las que Humboldt intencionaba enviar personalmente al barón Forell, según carta que había tenido tiempo de escribirle el día antes, desde el Puerto.¹

Al volver a embarcarse en Santa Cruz de Tenerife, Humboldt debía darse cuenta que algo empezaba y algo había terminado aquí. El día antes, escribía a su hermano: «Me voy, casi con las lágrimas a los ojos. Quisiera venir a vivir aquí; y sin embargo, apenas si he salido de Europa. ¡Si pudieras ver estas campiñas, estos bosques seculares de laurel, estas viñas, estas rosas! Aquí, los albaricoques los dan a los cerdos».² Y al narrar la salida del puerto, vuelve a decir, en otro lugar: «Experimentábamos por primera vez cuán vivas son las impresiones que deja el aspecto de estas tierras, colocadas al límite de la zona tórrida, y en donde la naturaleza se muestra a la vez tan rica, tan imponente y tan maravillosa. Nuestra estancia en Tenerife había sido breve, y sin embargo

¹ LENZ, *A. von Humboldts Aufbruch zur Reise*, pág. 45-46; HAMY, *Lettres américaines*, pág. 22-23. En esta carta resume Humboldt brevemente sus trabajos en Tenerife y anuncia a su corresponsal el envío de ciertas muestras mineralógicas, que le serían remitidas por mediación de don Rafael Clavijo.

² HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 9.

nos íbamos de esta isla como si hubiésemos vivido mucho tiempo en la misma».¹

La continuación de su viaje no nos interesa más aquí, si no es para decir que, al no haber tenido el tiempo necesario para escribir cartas en Tenerife, con excepción de las que dirigió desde el Puerto de la Cruz a su hermano y a Forell, los demás detalles referentes a su estancia en la isla, a su expedición al Teide y a los resultados conseguidos en la misma se deben buscar en su correspondencia escrita desde América, en los días que siguieron a su desembarco en Cumaná.²

Con posterioridad a la fecha que aquí hemos venido estudiando, el nombre de Canarias vuelve a encontrarse alguna vez en sus escritos, y sobre todo en su correspondencia. Se trata principalmente de cartas escritas en la misma época en que estaba redactando la relación de su viaje, y cuyo objeto es pedir aclaraciones o ampliaciones sobre algún punto de detalle de su exposición. Desde este punto de vista, los datos más curiosos parecen ser los que se contienen en su consulta con el célebre naturalista francés Pyrame de Candolle, y con Cordier.

A Candolle le escribía Humboldt en 24 de marzo de 1812, para decirle: «En este momento escribo un trabajo geográfico sobre los árboles de hojas aciculares, y lamento no tener una seguridad sobre las dos especies de pinos de Tenerife. Consideraba a uno de ellos como el Pino *alpensis*: pero Vd. me hi-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, II, 2.

² De Cumaná escribió el 16 de julio de 1799 a Forell, una carta publicada parcialmente, en traducción española, por Cristiano Herrgen, en «Anales de Historia natural», I, (1799), pág. 125-26, y en su texto original por LENZ. *A. von Humboldts Aufbruch zur Reise*, pág. 28-31; así como la carta a Delametherie antes mencionada.

zo el honor de escribirme que esta especie no figuraba en los herbarios de Canarias. Broussonnet me escribía: "Nuestros pinos de Tenerife se parecen con los de Escocia"». ¹ No conocemos la contestación de Candolle; pero es probable que Humboldt se sirvió de ella en la redacción de la parte botánica de su relación de viaje.

En octubre del mismo año de 1812 escribía a Cordier, para decirle su «deseo más vivo de rectificar sus ideas», si se diese el caso de haber padecido algún error; y, para poderlo hacer, le ruega le comunique algunas aclaraciones sobre los cálculos hechos por Cordier, en años anteriores, en relación con la altura del Teide. ² Pierre-Louis-Antoine Cordier era un geólogo francés que había visitado Tenerife en 1803, y, en una estancia de un mes, había hecho siete veces la ascensión a las Cañadas y al Pico, para hacer observaciones, cuyo resultado había publicado en el mismo año. ³ La altura que había hallado por sus cálculos era de 1901 toesas, o sea 3705,75 metros, resultado casi idéntico a las más modernas mediciones. Sin embargo, su método había sido criticado por un alpinista célebre, Ramond, considerado como padre del alpinismo moderno, ⁴ quien había declarado, no sin cierta dureza,

¹ HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. I, pág. 193.

² HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. II, pág. 50.

³ *Lettre de M. Cordier, ingénieur des Mines de France, au Citoyen Devilliers Fils*, en «Journal de Physique», LVII (1803), pág. 55-65, carta fechada en Santa Cruz de Tenerife, el 1 de mayo de 1803. Había hecho la ascensión al Pico el día 16 de abril, partiendo del Puerto de la Cruz, en donde había vivido en casa de Casalón.

⁴ L. RAMOND DE CARBONNIERES, *Mémoires sur la formule barométrique de la mécanique céleste et les dispositions de l'atmosphère qui en modifient les propriétés*, Clermont-Ferrand 1811.

que aquellas observaciones sobre el Pico de Tenerife no tenían valor ni interés para la ciencia. Humboldt tomó la defensa del viajero, en una carta que le escribió por aquel mismo tiempo;¹ en cuanto a los datos que le rogaba le proporcionase, se referían sobre todo a ciertos cálculos en que un error de imprenta había alterado los resultados, y que Cordier corrigió en su contestación.

¹ HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. II, pág. 60.

VII

ANTES de abandonar Tenerife, al mismo tiempo que nuestros dos viajeros, conviene indicar brevemente cuáles fueron los canarios con que Humboldt estuvo en contacto personalmente, durante su estancia en la isla, así como en su paso por la Península. En efecto, no debe olvidarse que en este final de siglo, que es una especie de resurgir cultural de Canarias, los intelectuales tinerfeños habían logrado abrirse camino fuera de su patria chica, y algunos de ellos ocupaban en aquel preciso momento posiciones de las más destacadas en la Corte, en donde los conoció el naturalista alemán. El primero de ellos, cuyo nombre se encuentra bajo su pluma, es Clavijo.

Don José Clavijo Fajardo, natural de la isla de Lanzarote, era un escritor y un naturalista conocido, traductor al español de la obra de Buffon y célebre en el mundo de la literatura, más que por su interesante *Pensador*, que mencionaba Humboldt, por el conflicto que en años ya lejanos lo había opuesto a Beaumarchais. Este episodio es bastante conocido, para que sea necesario volver a contarlo una vez más. Sólo recordaremos aquí que, como es sabido, Goethe había publicado desde 1774 su tragedia de *Clavijo*, que se funda en la misma relación de Beaumarchais; y no es probable que Hum-

boldt no haya reconocido, bajo esta forma alterada de su apellido, al director del Real Gabinete de Ciencias Naturales de Madrid, en cuya casa estuvo invitado a cenar, durante su estancia en la Corte.

Los contactos con Clavijo no se explican solamente por los intereses científicos que tenían en común, sino también por la obligación que había contraído el sabio alemán, de enviar a la Corte, de su expedición americana, algunas muestras de plantas y de minerales, que naturalmente habían de ir dirigidas al director del Real Gabinete. Tenemos, además, una carta del mismo Humboldt, escrita desde Caracas, el 3 de febrero de 1800, y dirigidas a Clavijo,¹ para avisarle que le enviaba ya una serie de minerales americanos. Humboldt menciona al escritor lanzaroteño, al final de su descripción del viaje a Canarias, entre los canarios cuyo nombre sonaba entonces fuera de España, y también al principio de la misma, como «autor de una elegante traducción de las obras de Buffon».²

También en la Península conoció Humboldt al sobrino de don José Clavijo, el brigadier don Rafael Clavijo, «que hacía poco había sido encargado con la dirección de los correos marítimos. Este oficial, que se dio a conocer ventajosamente por su talento para las construcciones de buques, estaba ocupado en establecer en La Coruña unos nuevos astilleros. No escatimó medio para hacernos más agradable la estancia que hicimos en aquel puerto».³ Y en carta dirigida a Forell repetía que «don Rafael nos ha recibido como nos lo

¹ HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. II, pág. 80-88.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 83.

³ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 93-94.

esperábamos, ya que Vd. nos lo había recomendado. Es un hombre distinguidísimo, que merece pertenecer a una familia como la suya. Hemos admirado la dársena que está construyendo. En toda España no hay albergue tan bonito como el nuevo correo que tiene en construcción». Y añadía: «Betancourt no hace más que hablar; don Rafael habla y acaba, y ejecuta todo él mismo».¹

Don Rafael Clavijo, nacido en Lanzarote en 1757, era en efecto uno de los hijos más notables de Canarias. Fue caballero de la orden de Alcántara, jefe de escuadra, ingeniero y, después de haber sido director de los astilleros de La Coruña, lo fue del departamento naval de Cádiz. Es el autor del plano del nuevo muelle de Santa Cruz de Tenerife, en cuya villa falleció repentinamente en 1813.

Su presencia en La Coruña fue muy útil para Humboldt, no sólo porque le hizo, como lo dice él mismo, la estancia más agradable en aquella ciudad, sino también porque dictó las órdenes y disposiciones encaminadas a asegurar el desarrollo de sus trabajos en las mejores condiciones, durante toda la travesía del Océano. «El señor Clavijo dio orden que se hicieran a bordo de esta corbeta los arreglos necesarios para colocar nuestros instrumentos y para facilitarnos los medios de emprender, durante el viaje, algunas experiencias químicas sobre el aire. El capitán del *Pizarro* recibió la orden de detenerse en Tenerife el tiempo que considerásemos necesario para visitar el puerto de La Orotava y para subir a la cumbre del Pico».² Además, según más arriba queda indicado, el mis-

¹ Carta a Forell, de La Coruña, a 1 de junio de 1799, en LENZ, *A. von Humboldts Aufbruch zur Reise*, pág. 44.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 94.

mo Rafael Clavijo fue quien sirvió de intermediario entre los naturalistas y la Corte, al recibir por los correos que regresaban de Tenerife, y después de América, las muestras de plantas y de animales remitidas para los Reales Gabinetes.

A juzgar por el modo en que habla el viajero alemán del mismo don Rafael Clavijo, que «merece pertenecer a una familia como la suya», parece que se debe entender que sabía, desde antes de abandonar la Península, que aquella familia contaba con más de un miembro eminente. Lo más probable; en efecto, es que esta alusión se refiere, al mismo tiempo que a don José Clavijo, al ilustre historiador don José de Viera y Clavijo, cuyo nombre hemos mencionado más de una vez, en las páginas que preceden. Sin embargo, Humboldt no pudo conocerlo personalmente, ya que Viera y Clavijo vivía entonces en Gran Canaria. Por lo menos, esta mención indica que su obra fue una de las primeras lecturas que se recomendaron al sabio alemán, para familiarizarse con el pasado de las islas.¹

En fin, entre los canarios que conoció seguramente en la Corte, merece una mención especial aquel Betancourt que «no hace más que hablar», y que no puede ser sino el célebre don Agustín de Betancourt y Molina. Este ilustre ingeniero tinerfeño se hallaba por aquel entonces en la Corte, como director del Gabinete de Máquinas. Para quien conozca sus ex-

¹ Indirectamente pudo conocer a Viera y su obra, no sólo por su deudo don José Clavijo, sino también por el célebre botánico Cavanilles, con quien tuvo relaciones continuadas, y a quien escribía, por ejemplo, desde México, en 22 de Abril, de 1803 (carta publicada en «Anales de Ciencias naturales», VI (1803), pág. 281; traducida al francés en «Annales du Muséum d' Histoire naturelle», IV (1804), pág. 475-78; y en HUMBOLDT, *Correspondance, inédite*, vol. I, pág. 162-70).

tensas actividades, la fertiidad de su ingenio, su sentido práctico que lo transformaba todo en realidades y en aplicaciones inmediatamente utilizables, el juicio tan breve y tajantemente expresado por un hombre como Humboldt no deja de extrañar.

Pero el caso es que el viajero alemán debió de conocerlo brevemente, en aquellos pocos meses o semanas de 1799 que pasó en la Corte; y en aquel año, efectivamente, don Agustín de Betancourt sólo podía hablar de muchos proyectos y de pocas realidades efectivas. Desde 1797 fecha en que parece haberse fundado sobre el papel la nueva Escuela de Puentes y Calzadas de Madrid, Betancourt estaba previsto para director de la misma; pero escuela y dirección eran entes de razón en aquel año de 1799, y no habrían de volverse en realidades hasta el de 1802. En el año de 1800 sería nombrado al mismo tiempo inspector general de Puentes y Calzadas y miembro del Consejo de Hacienda; pero es probable que la eventualidad de este nombramiento era simple hipótesis que se iba ventilando ya en las conversaciones del año anterior.

Desde el punto de vista de sus trabajos científicos, la mayor esperanza y sin duda el mejor invento práctico del ingeniero canario, su telégrafo óptico, había sido favorablemente acogido, desde el año de 1796, por todos los técnicos que habían tenido la oportunidad de examinar sus principios y su funcionamiento. Sin embargo, su adopción por los gobiernos interesados, el de Francia y el de España, había dado lugar a largas discusiones y comentarios, y de momento a nada más. Hasta entonces, con la excepción de la máquina de vapor que se había construido en París, a base de su proyecto, ninguno de sus inventos había conducido a los resultados prácticos que eran de esperar. Parece incluso que todo ello había desanimado a tal punto al inventor, que pensaba seriamente en expatriarse, como más tarde lo haría efectivamente; de mo-

do que es posible que en aquella época haya dado, a quien lo conoció poco, la impresión de alguno de esos inventores que andan pregonando proyectos quiméricos, y no realizan nada de lo mucho que prometen.

De todos modos, incluso teniendo en cuenta estas circunstancias, el juicio pronunciado por Humboldt parece injusto: ya que, si las realizaciones prácticas de Betancourt podían ponerse en duda en aquel momento preciso, su valor científico y su capacidad personal eran bastantes y suficientemente comprobados por medio de sus trabajos anteriores, para que no se le escaparan a Humboldt. Es posible, y casi seguro que en el modo de hablar de Betancourt intervenía, más bien que un juicio personal desfavorable, alguna animosidad que desconocemos. Esta animosidad no sabemos si será del mismo Humboldt; pero cabe que haya sido del corresponsal de éste, el barón de Forell, quien, por razones que ignoramos, pudo no apreciar mucho a Betancourt. En efecto, es difícil suponer que Humboldt iba a hablar mal, en una carta a Forell, de una persona a quien éste apreciaba; de modo que, si lo hace, debe ser porque tiene la seguridad de que su juicio coincide con la opinión de su interlocutor y quizá como simple complacencia, más que como expresión de un pensamiento personal.

Lo pensamos así, no sólo por afán de defender la memoria del ilustre ingeniero tinerfeño, que no necesitaría esta defensa, sino porque no resulta con seguridad que Humboldt lo tuviese en mal concepto. En efecto, al mismo Humboldt le debemos la noticia más segura y más completa, de cuantas poseemos en la actualidad, sobre los trabajos de Betancourt relacionados con el telégrafo eléctrico. Él fue, en efecto, quien dio al célebre Gauss, en 1837, la noticia de que Betancourt había sido el primero en intentar la aplicación de la

conducción eléctrica a la transmisión del pensamiento.¹ Es difícil decir de dónde tenía aquella noticia, pero seguramente la supo en Madrid; bien porque se habrá enterado de ello durante alguna conversación con el mismo Betancourt, o porque alguien se lo habrá dicho, ya que por aquel mismo año se hablaba otra vez de telégrafo eléctrico en la Corte española, debido al nuevo invento del catalán Salvá. Sea como fuese, este recuerdo, que le vuelve a la memoria después de casi cuarenta años, conviene poco con la idea de una mala opinión que se hubiera formado en aquel mismo tiempo del ingeniero canario.

En cuanto al joven Francisco Salcedo, que acompañaba a Humboldt durante su travesía de La Coruña a Tenerife, éste no era, como se lo imaginaba el viajero alemán, un canario auténtico. Era hijo de don Manuel de Salcedo, teniente de rey de Tenerife durante el mando del general Gutierrez. De su padre, conocemos sobre todo su actuación durante el intento frustrado de desembarco hecho por Nelson en Tenerife, en el año 1797;² pero no sabemos de dónde era natural. De las expresiones que más adelante emplea el mismo Humboldt, resulta que volvió a encontrarlo en Cuba, después de terminada la estancia de los dos viajeros en el continente meridional; pero la verdad es que aquellas expresiones nos parecen algo confusas, y no nos atreveríamos a afirmar si a

¹ CARL FRIEDRICH GAUSS, *Resultate aus den Beobachtungen des Magnetischen Vereins im Jahre 1837*, Göttingen 1838, pág. 14. Más adelante se podrá ver que Betancourt le merece a Humboldt una mención honorable, entre los canarios que se habían distinguido en su tiempo.

² Cf. ANTONIO RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales*, vol. III, pág. 860-82.

quién encontró en Cuba fue a don Manuel Salcedo, o a su hijo.¹

En fin hemos visto que en el Puerto de la Cruz, Humboldt fue huésped de Cologan, «cuya casa estuvo siempre abierta para los viajeros de cualquier nacionalidad. Varios miembros de esta respetable familia han estado en Londres y en París. Don Bernardo Cologan reúne conocimientos sólidos y variados, con el celo más entusiasta para el bien de su patria. Nos quedamos agradablemente sorprendidos, de encontrar, en un grupo de islas situado tan cerca de la costa africana, esta amabilidad social, esta afición a la instrucción, este sentimiento artístico que nos imaginamos reservados para una pequeña parte de Europa».² Y en sus cartas vuelve a expresar su sorpresa de haber hallado tan lejos una sociedad tan europea: «¡Qué cultural! ¡Qué confort! Podría uno creerse transportado a Londres, si los plátanos, los cocoteros, no nos recordasen que estamos en las islas Afortunadas»;³ E igualmente, en la carta a su hermano Wilhelm: «Es difícil imaginar la libertad y la cultura de las mujeres de aquí».⁴

El Cologan de que se trata es don Bernardo Cologan, que había nacido en 1772, en el Puerto de la Cruz, de una

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 321.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 243-44.

³ Carta a Forell, del Puerto de la Cruz, a 24 de junio, en LENZ, *A. von Humboldt Aufbruch zur Reise*, pág. 45-46 y HAMY, *Cartes américaines*, pág. 22-23. Humboldt habla aquí por segunda vez de cocoteros en Tenerife: es un error, ya que nunca los hubo. Junto con la especie de que los camellos no crían en Tenerife y con la idea de que en esta isla no había esclavitud en su tiempo, son los solos errores de observación o de información que hemos encontrado en su relación de viaje.

⁴ HUMBOLDT, *Briefe an seinen Bruder*, pág. 9.

familia oriunda de Inglaterra, y cuyo apellido exacto era el de Callaghan. Este caballero, en efecto, tenía mucha afición a las letras, al punto que se conserva de él un poema escrito en latín y dirigido al obispo don Antonio Tavira. Es también autor, entre otros opúsculos,¹ de una *Relación de la erupción del Chahorra o Pico Viejo, acaecida en 9 de Junio de 1798*, que posiblemente se debe a una intervención de Humboldt, curioso de saber los detalles de aquella erupción, escritos por alguien que la había presenciado de cerca.² Además, sería de interés cotejar esta relación con la *Carta sobre la erupción del volcán de la montaña de Venga, cerca del Pico de Teyde, en la isla de Tenerife, en 9 de Junio de 1798*, escrita por don Nicolás Segundo de Franchi.³ Se nos hace difícil creer que ambas obritas no tienen ninguna relación, sobre todo si pensamos que don Nicolás de Franchi debió de conducir él mismo al naturalista alemán en su visita al drago de sus jardines. Aunque todo ello no pase de ser una simple suposición, es de creer que ambas descripciones de la erupción de 1798 obedecen a

¹ Cf. A. MILLARES CARLO, *Bio-bibliografía de escritores naturales de las islas Canarias*, Madrid 1932, pág. 187. A las obras allí mencionadas se puede añadir una *Insinuación a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, por un Amigo del País, 1781*, manuscrito en folio de 26 pág. (Real Sociedad Económica de La Laguna, Papeles de Rodríguez Moure).

² Cf. la carta de Humboldt a Delametherie, en HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. I, pág. 60-65: «El ciudadano (Le) Gros, vice-cónsul de la República Francesa, ha tenido a bien de acompañarnos hasta la cumbre. Él y el señor Bernardo Cólogan, han observado con mucha sagacidad la última y terrible erupción del 9 de junio de 1798. El ciudadano (Le) Gros nos promete una descripción de este gran fenómeno acompañada por un hermoso dibujo que he visto esbozado en el Jardín Botánico del Rey, en La Orotava».

³ Carta fechada en Icod, en 18 de junio de 1798, y publicada en «Anales de Historia natural», I (1800), pág. 297-304.

un ruego hecho por Humboldt a sus dos huéspedes, con el fin de obtener una documentación directa y fidedigna sobre una erupción cuya descripción ocupa un lugar bastante importante en su propia obra.

De este modo, los contactos personales no faltaron durante la breve estancia del célebre naturalista en la isla que debía marcar tan hondamente su espíritu y su creación. La amistad, el trato directo y cordial con los isleños, se añaden así a la observación objetiva y a la contemplación estética, para formar una experiencia de una riqueza única, y conducir a los resultados que hemos tratado de reseñar brevemente y en cuya abundancia encuentra cada uno, como lo decía el mismo Humboldt hablando de los paisajes, lo que lleva dentro de sí mismo o, mejor dicho, lo que anda buscando.

VIII

SEGÚN más arriba queda señalado, al salir de Tenerife, Humboldt llevaba consigo la impresión de que aquella estancia no le había sido inútil, y que el contacto con el suelo de la isla, —para él su primer contacto con la tierra exótica—, había constituido una experiencia interesante. Más aun, declaraba que los resultados conseguidos le parecían «muy importantes». Cabe preguntarse hasta qué punto tenía razón.

En lo que se refiere a los resultados de esta experiencia, se hallan expuestos con todos los detalles que se pudieran desear, en la relación de sus viajes equinociales, escrita años más tarde. Después de la parte puramente descriptiva, que ocupa más de doscientas páginas de su libro,¹ las enseñanzas recogidas en Tenerife se hallan distribuidas, a lo largo de unas sesenta páginas suplementarias, en tres secciones principales.²

En la primera de estas secciones se estudian las manifes-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 166-380.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 381-439 (manifestaciones sísmicas, pág. 381-401; zonas de vegetación, pág. 401-20; geografía humana, pág. 421-39).

taciones sísmicas registradas en Tenerife durante el período histórico. En la segunda, se reseñan las zonas de vegetación de las islas; y la última está dedicada a lo que podríamos llamar hoy día la geografía humana. Este triple aspecto de sus curiosidades de naturalista se deja ver también en las cartas escritas con motivo de su viaje, y cuyo contenido anuncia los puntos tratados en su publicación posterior; de modo que por el examen de las mismas podemos darnos cuenta de los progresos realizados por el pensamiento científico de Humboldt, a raíz de su experiencia tinerfeña.

En lo que se refiere al primer objeto de sus investigaciones, o sea la vulcanología, los resultados son evidentes e indican un cambio radical de posición. Alumno de Werner, como ya lo hemos indicado, Humboldt tiene por primera vez la posibilidad de confrontar las opiniones de su maestro con los datos de la misma naturaleza y de formar sobre estas materias un juicio personal. Estas comprobaciones lo conducen a un desengaño, al mismo tiempo que a nuevas perspectivas. «Todas las ideas que se han expresado sobre las causas de los volcanes, sobre los orígenes de sus productos, me parecen falsas e insostenibles», escribe ahora, desde Tenerife.¹ La explicación del suelo insular, y sobre todo de los conos volcánicos, que pudo estudiar de cerca en su expedición al Teide, no le parece posible, a base de la hipótesis tradicional del

¹ Carta a Suchfort, rector de la Universidad de Göttingen, publicada en HUMBOLDT, *Memoiren*, Leipzig 1861, vol. I, pág. 54-55, y en HAMY, *Lettres américaines*, pág. 24-25. En esta edición lleva la fecha de 28 de junio de 1799. Como sabemos que Humboldt salió de Tenerife en 25 de junio, esta fecha debe estar errada; sin duda la carta es del 24 de junio, escrita al mismo tiempo que la carta a Forrell antes mencionada;

neptunismo, o sea de la erosión y de la acción del agua en general:

«El pico de Teide es una montaña inmensa de basalto, que parece descansar sobre rocas calcáreas densas y secundarias. Son las mismas que se encuentran, con mucho sílex, en el Cabo Negro de Africa; las mismas en que descansan los basaltos de Saint-Loup cerca de Agde, y los de Portugal. ¡Vea con cuánta uniformidad está constituido el globo terrestre! Las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde no parecen ser sino la continuación de las formaciones basálticas de Lisboa... El cráter del Pico, o sea el de la cumbre, no echa más lavas desde siglos (las lavas ya no salen sino de sus pendientes); pero el mismo cráter produce una cantidad enorme de azufre y de sulfato de hierro. No sé si el azufre se va formando, o si procede de esta roca calcárea por debajo de los basaltos, que, idéntica a las de Andalucía y de Kréczewicz en Polonia, bien puede producirlo. Vd. sabe que la piedra calcárea, o el yeso de Andalucía (lo que viene a ser lo mismo, ya que el yeso forma capas en la roca calcárea) podría proveer con azufre a toda Europa. Pero el basalto de que se compone el Pico de Tenerife, no es sólo basalto que contiene cornalina y olivina en hojas y cristalizada (crisolito basáltico), sino que, hacia la cumbre, hay capas del «Porphyr-schiefer» descrito por Werner, y de otro pórfido a base de obsidiana».¹

¹ Carta a Delaméthrie en HUMBOLDT, *Correspondance inédite*, vol. I, pág. 60-65. Cf. las indicaciones más o menos idénticas, contenidas en la carta a Forell, de Cumaná el 16 de julio de 1799 (HAMY, *Lettres américaines*, pág. 22-23). «Espero que habrá recibido mi carta del 25 de junio, de Tenerife, en que le anunciaba mi ascensión al Pico de Teide. En una altura de 1917 toesas o 4473 varas castellanas, gocé de una vista asombrosa en medio del mar. He enviado al brigadier don Rafael Clavijo una pequeña colección de minerales,

Todo ello viene a decir, por una parte, que Humboldt reconoce en la constitución del Teide unas rocas cuyo origen no podría explicarse por reacciones superficiales de la capa terrestre, sino que parecen indicar la acción inmediata del fuego central y, por consiguiente, guían al investigador hacia las concepciones plutonistas. Por otra parte, el naturalista se hace cargo al mismo tiempo de la unidad fundamental de la naturaleza y de la uniformidad de sus procedimientos, que conduce a los mismos resultados en las diferentes regiones del globo que hasta ahora había recorrido: descubrimiento básico, por lo menos desde el punto de vista de Humboldt, quien precisamente buscaba, e iba a proponer en su obra sobre el *Cosmos*, que es como una síntesis de sus concepciones científicas, una explicación uniforme y coherente de toda la diversidad de aspectos y de facetas que caracteriza a la misma naturaleza.

Es comprensible, por consiguiente, el que este primer contacto y estudio de un volcán, uno de los más característicos de los que después llegaría a ver, haya dejado un rastro definitivo, cuya importancia no se puede negar, en el espíritu del naturalista. Una gran parte de sus investigaciones científicas ahondará, en lo sucesivo, los particulares de este importante capítulo de la geología; de tal modo que, completada ya con la visita de algunos de los más importantes volcanes

que demuestran que el Pico de Teide es una montaña compuesta de basalto, de pórfido de pizarra y de pórfido-obsidiana, que descansa, como la formación basáltica del Portugal, sobre piedra calcárea. Esta colección prueba igualmente que la piedra pómez, cuyo origen hasta ahora se atribuía comúnmente al feldespató, es una descomposición de la obsidiana por medio del fuego». Otras observaciones muy parecidas se hallarán en la carta a su hermano Wilhelm, varias veces aludida.

americanos, esta experiencia tomará una forma definitiva en su obra cumbre, el *Cosmos*, cuya cuarta parte está dedicada a la volcanología. Y, al mismo tiempo, no se debe olvidar que a sus insistencias para con su amigo y antiguo compañero de estudios, Leopold von Buch, se deben el viaje de éste a Canarias, años más tarde, y su célebre libro sobre las islas, que es, a la vez que un tratado completo de volcanología, la primera geografía física de Canarias en sentido moderno.¹

La segunda serie de observaciones hechas por Humboldt en Tenerife se refiere a la botánica. Hemos dicho ya que su interés para los estudios botánicos fue la primera de sus curiosidades científicas; de modo que no es raro que le haya dedicado tanta atención, durante su paso por las islas. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que aquí es donde parece tomar cuerpo una nueva teoría, o por lo menos una concepción diferente de la botánica, estrechamente relacionada con las observaciones mineralógicas que acabamos de mencionar.

En efecto, al partir de la observación que la naturaleza es la misma por todas partes, y que las rocas de Canarias son iguales a las de los montes Euganeos o del valle del Rhin, el naturalista se enfrentaba con una aparente contradicción, al notar al mismo tiempo una diferencia de vegetación, que no corresponde con esta unidad fundamental del suelo. Si las rocas son las mismas, y si la naturaleza surge por todas partes los mismos efectos, surge el problema de la posible explicación de esta variedad de las plantas, y de esta contradicción. De ahí arranca la necesidad de una ciencia nueva, cuya concep-

¹ LEOPOLD VON BUCH, *Description physique des îles Canaries, suivie d'une indication des principaux volcans du globe. Traduite de l'allemand par C. Boulanger, revue et augmentée par l'auteur*, Paris 1836.

mencionada historia de los descubrimientos oceánicos.¹ Con ello Humboldt viene a ser el primer historiador extranjero que se da cuenta del papel de las islas Canarias en la elaboración del Descubrimiento y en la preparación de las conquistas transoceánicas; y reanuda de este modo con una tradición histórica más o menos olvidada en su tiempo, pero que remontaba a los primeros historiadores de Indias, y en primer lugar a Bartolomé de Las Casas.

Después de haber hablado del pasado histórico de las islas, Humboldt trata brevemente de la población de las mismas en su tiempo y de sus problemas, sobre todo desde el punto de vista económico. Reconoce que los canarios son generalmente bastante pobres; pero señala que su miseria bien podría hallar un alivio definitivo, por medio de dos reformas, en cuya concepción volvemos a encontrarnos con el hidalgo que llamaríamos progresista, amigo de las luces y del progreso social.

Estas soluciones que propone el viajero alemán serían, por una parte, el repartimiento de las tierras de propios que quedaban sin cultivar y, por otra parte, la supresión de la institución de los mayorazgos y de todos los derechos feudales.² Con ello, la población de Canarias, numéricamente reducida, pero igual a la de Córcega por ejemplo, y proporcionalmente más densa que la de Castilla o de Escocia,³ llegaría a recobrar su prosperidad. Ésta, además, parece anunciarse ya en cierto modo; y en los últimos años la economía canaria le pa-

¹ HUMBOLDT, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'astronomie nautique*, Paris 1836-39, 5 vol. en 4.º.

² HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 436.

³ *Ibidem*, vol. I, pág. 436-37.

rece indicar un ascenso evidente, debido a la introducción del cultivo intensivo de las patatas y del maíz.¹ Todo cuanto hasta ahora se ha obtenido, con todo cuanto se podrá obtener, se debe a la actividad laboriosa de los canarios, con cuyo elogio terminan las observaciones de Humboldt sobre las islas:

«Los habitantes de Canarias ofrecen los rasgos característicos de una población montañesa e insular a la vez. Para apreciarlos debidamente, no basta con verlos en su misma patria, donde grandes dificultades entorpecen el desarrollo de la industria: hace falta verlos en las estepas de la provincia de Caracas, encima de los Andes, en las campiñas abrasadas de las islas Filipinas, por todas partes en donde, aislados en medio de regiones desiertas, han tenido la oportunidad de hacer muestra de esta energía y de esta actividad, que son la verdadera riqueza del colono.

«Los canarios se complacen en considerar a su país como parte integrante de la España europea. En efecto, han aumentado las riquezas de la literatura castellana. Los nombres de Clavijo, autor del *Pensador*, de Iriarte y de Betancourt, son conocidos honorablemente en las ciencias o en las letras. El canario tiene la misma vivacidad de la imaginación que distingue a los habitantes de Andalucía y de Granada; y es de esperar que algún día las islas Afortunadas, donde el hombre experimenta, como por todas partes, los beneficios y los rigores de la naturaleza, serán cantadas dignamente por un poeta del país».²

Creemos, pues, que no se nos podrá tachar de exagerado, cuando digamos que el viaje de Humboldt a Tenerife tie-

¹ HUMBOLDT, *Voyage*, vol. I, pág. 437-38.

² *Ibidem*, vol. I, pág. 438-39.

